



Universidad de Chile
Facultad de Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

HISTORIAS DE MUJERES MIGRANTES EN CHILE: CUANDO LA VIDA CRUZA LAS FRONTERAS

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

PAMELA CAROLINA BACHO CORNEJO
FERNANDA BELÉN LARROSA GÓMEZ

Profesora guía: Ximena Andrea Póo Figueroa

SANTIAGO DE CHILE

2023

Dedicado a las mujeres que nos abrieron las puertas para contarnos sus historias.
Y aquellas cuyas historias aún están por ser escuchadas.

No hay fronteras en el verdadero encuentro humano.

-Jorge Luis Borges

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO | 5 |
| CAPÍTULO I: Libres para existir | 8 |
| CAPÍTULO II: Por la carretera en coche | 23 |
| CAPÍTULO III: Rompiendo el círculo | 37 |
| CAPÍTULO IV: El amor también migra | 54 |
| CAPÍTULO V: Lo que se pierde, lo que se gana | 79 |
| CAPÍTULO VI: La experiencia de la (in)justicia | 104 |
| EPÍLOGO | 121 |
| BIBLIOGRAFÍA | 123 |

PRÓLOGO

En Chile, la xenofobia se manifestó un día como una densa columna de humo que asfixió al reluciente cielo azul de primavera. Más de tres mil personas caminaron por las calles de Iquique exigiendo la expulsión de los migrantes. “Chile para los chilenos”, dijeron. No para invasores y delincuentes. Querían el cierre inmediato de la frontera.

Los habían invitado a la fiesta, pero la verdad estaba expuesta en sus carteles. Eran indeseables.

Nunca fueron bienvenidos.

Carabineros tuvo que ayudarlos a escapar de las agresiones. Eran familias, mujeres solas con sus niños corriendo con lo poco que pudieron agarrar sus manos. Pudieron esquivar piedras y botellas, pero no insultos. Unos con menos suerte no pudieron escapar de los golpes. Atacaron sus carpas y los colchones que los separaban del pavimento. Fueron identificados como el enemigo y no pudieron hacer más que huir. La nube negra se levantó sobre la Plaza Brasil entre gritos, y las llamas implacables se alimentaron de juguetes, ropa y pañales con cientos de banderas tricolor como testigo.

Era 25 de septiembre de 2021. El día que fuimos testigos de que cuando la intolerancia arde, lo consume todo.

Durante los últimos diez años, la migración dentro de América Latina evolucionó de una realidad casual a una crisis continental. Con ella, disminuyó tanto la dignidad de las comunidades migrantes como aumentó la percepción de los desplazamientos internos como un problema de carácter criminal y social. Chile, que particularmente se alzó como destino favorito a causa de sus propios alardes, es muestra ejemplar de este hecho.

Según la encuesta Plaza Pública de Cadem, un 77% considera que la llegada de inmigrantes es “mala para el país”. Las noticias se han volcado a identificar innecesariamente a cada sospechoso de la crónica roja por su nacionalidad y las campañas políticas de la ultraderecha hicieron en televisión abierta una alegoría vergonzosa entre la migración y un invitado indeseado que sube los pies sucios al colchón de tu casa.

Pero sería hipócrita decir que este fenómeno es nuevo y exceptuarse de nuestra propia responsabilidad en la construcción de los discursos xenófobos, racistas y violentos que hoy abundan en nuestro país. Exacerbados, sí. Alarmantes en popularidad. Pero no nuevos.

Otro problema latente es el hecho de que Latinoamérica no enfrenta la migración interregional como una crisis interna que requiere soluciones conjuntas. Más bien, la región parece tener una política no hablada de sálvese quien pueda. A continuación, un ejemplo práctico de esto.

Según las cifras oficiales de la Policía de Investigaciones de Chile (PDI), 127 mil personas refugiadas y migrantes han ingresado a Chile a través de pasos no oficiales desde el 2018 hasta septiembre de 2022. De ellas, se estima que el 30% corresponde a niñas, niños y adolescentes (NNA), es decir, 30,856. (Matriz de Seguimiento de Desplazamiento, 2022). De estos ingresos, la mayoría ocurre por la frontera con Bolivia, en la zona de Colchane, por donde las autoridades chilenas calculan que más de 400 personas ingresan irregularmente a territorio nacional cada día. No obstante, el Estado de Chile no tiene relaciones diplomáticas con el país vecino con quien comparte la frontera desde 1978.

La migración es una realidad compleja tanto a nivel regional en América Latina como a nivel local en Chile, y el objetivo de este trabajo no es entrar en cifras y discusiones macroscópicas. Más allá de analizar los datos y estadísticas que aparecen en titulares cada día, este proyecto busca, a través de la entrevista, el reporteo y la crónica, retratar las voces que existen detrás de los números. La migración es una realidad humana. Y como cada experiencia humana, cada historia y cada persona, es diferente. Pero cada persona, independiente de su

situación, vida o contexto, comparte de forma colectiva rasgos que trascienden sus circunstancias. Parte de lo que nos hace ser lo que somos.

Este trabajo, inspirado en las crónicas migrantes, profundas y maravillosas, que abundan en el norte y centro de América, busca ahondar en esas experiencias particulares y esas emociones universales que nos hacen empatizar aún con lo que nos resulta desconocido. Y el odio se alimenta de la creencia errónea de que nos dividimos entre un “nosotros” y “ellos”. Cuando olvidamos que aquel que consideramos otro es en verdad igual a nosotros en esencia.

Esta es una recopilación de historias y mujeres migrantes. Mujeres; porque nos dimos cuenta en el proceso de trabajo de este proyecto que, como muchas otras áreas de la vida, la migración tiene rostro de mujer. La xenofobia, el racismo y el clasismo toman un tono especial cuando se mezclan con la violencia de género, por lo que rescatar el valor de las voces de mujeres migrantes se vuelve prioritario, urgente e imprescindible para entender la extensión de esta crisis.

Estas mujeres tienen relatos y experiencias particulares que se van entrelazando en ciertos puntos. El más relevante entre ellos son las condiciones en que entraron a Chile; a pie, de forma irregular y a más de tres mil metros de altura. Como principal reflejo de la crisis migratoria en Chile, Colchane fue el escenario elegido para unir estas historias.

Este proyecto fue hecho con la convicción de que lo micro vale tanto como lo macro y que lo personal es político. La convicción de que las historias tienen peso, y que su poder está en compartirlas.

CAPÍTULO I: LIBRE PARA EXISTIR

La falta generalizada y persistente de productos básicos en el mercado de Venezuela es un problema que se ha arrastrado por años a causa de la crisis económica; complejo, multifactorial y muy recurrente en las conversaciones que intentan explicar los motivos tras el aumento de la migración venezolana en América Latina.

Podríamos buscar culpables en diversos lugares; los límites máximos para los precios impuestos en 2003 y la escasez de divisas producto de la caída en los precios del petróleo; hablar sobre el contrabando y los precios del mercado negro, el impacto de la hiperinflación de 2016 y el debilitamiento del sistema de salud a causa de la falta de medicamentos.

Las aristas son varias. El problema central es el mismo.

Es interesante pensar, bajo este contexto y desde una perspectiva individual de un problema inmensamente mayor, en teorías tanto filosóficas como económicas que han vinculado la libertad personal con el poder de elección. Algunos han argumentado que una está condicionada por la otra. También, que no es una condición sino más bien una manifestación de ella. O tal vez ambos, como condición previa y consecuencia. En cualquier caso, esto no solo se basa en la capacidad de elegir, sino también en las oportunidades y recursos disponibles para llevar a cabo esas elecciones.

Sin poder de elección real y efectivo, la libertad puede ser limitada o incluso ilusoria. Entonces, si elegimos dentro de mínimas opciones sin las condiciones de oportunidades o recursos, ¿es una elección versátil o una imposición disfrazada?

Esto puede verse desde una perspectiva tanto material como valórica. Laboral, espiritual, personal y familiar. Muchas han dejado atrás sus vidas bajo la esperanza de encontrar opciones. Oportunidades. Elecciones. Cuando sentimos que éstas no están presentes, creamos la impresión de estancamiento, de impotencia e imposibilidad. Y nos movemos.

En el contexto migratorio, este sentimiento es mucho más tangible. Especialmente cuando se trata de comunidades que vienen de países quebrados por una crisis económica o política. No es raro escuchar o leer testimonios que describen el acto de partir más como un deber que como un deseo. Recae en el instinto de supervivencia ante fuerzas mucho más grandes.

En un contexto personal, tiende a ser más sutil. Menos violento. Pero la falta de poder de elección, la libertad coartada y el estancamiento despiertan la necesidad de sobrevivir de la misma forma.

Esta es la historia de una mujer que se movió para poder elegir. Y existir.

Cuando llegaba su día, salían de casa a las 11 de la noche. Iban en familia; ella, su prima y sus tíos. Después de todo, era una misión de responsabilidades compartidas. Siempre debía haber alguien resguardando su puesto.

Partían a un barrio acaudalado, de los que se abastecen primero y es seguro caminar por las noches. Con el auto estacionado, designaban turnos para esperar y dormir. Para matar las horas, Adriana llevaba su consola de videojuegos, se recostaba en los asientos traseros de la camioneta o salía a dar un paseo. Cuando era su turno de cuidar su lugar en la fila, esperaba pacientemente que llegara la mañana y se abrieran las puertas del supermercado.

Los lunes era el día autorizado para ellos y cualquier otro cuya cédula terminara en cinco o seis. La regulación era estricta: no podían entrar sin documento en mano. Podían llevar sólo las cantidades determinadas por persona y por producto; una leche, dos bolsas de arroz y así según les fuera estipulado. Tampoco había espacio para ponerse muy exigente. Los productos escaseaban en los anaqueles. Aún así, trataban de elegir lo más económico. Pero lo que se veía, era.

Y al final del día, la familia debe comer sin importar las opciones.

Adriana no estaba segura de recordar mucho de su niñez, pero sí sabía que, en algún punto de su vida, la despensa de su casa había estado llena. Su abuela la mantenía con yogurt, cereales y leches. Pero incluso si hoy lograban encontrar esos mismos productos, en precios que fueran accesibles para su familia, su calidad resultaba ser, en el mejor de los casos, cuestionable. Como esa leche en polvo que una vez probaron; arenosa, salada y que nunca terminaba de deshacerse.

No podía identificar exactamente cuándo eso se había convertido en un lujo, pero una cosa sí tenía clara: al momento de su adolescencia, en casa ya no se tomaba leche.

...

Adriana creció en medio de dos estados, en la zona costera entre Caracas y La Guaira. También creció entre dos abuelas; la madre y la tía de su padre. Una casa de mujeres, sin internet, computador, wifi ni teléfono. Una casa a la antigua, donde llegó luego de la muerte de sus padres.

No sabía exactamente cuándo había pasado. No podía determinar su edad exacta. Sabe que en algún momento, cuando era muy pequeña, sus padres se separaron. Que vivió con su madre por un tiempo y que su padre las visitaba. Sabe que en las vacaciones, él la llevaba donde su abuela a la casa de costa.

En algún punto de todo esto, su camino fue cortado. Pero esos detalles los guardaba para sí misma.

La abuela era una mujer firme. Una buena cocinera, trabajaba preparando las comidas de una casa ajena cada día de 7 de la mañana a 3 de la tarde. Tuvo tres hijos, entre ellos su padre, pero nunca se casó. Aún así, era una mujer tradicional. Había pasado junto a ella toda su vida, o al menos las partes que recordaba. Mirar al pasado es confuso. Los tiempos se interponen para permitir poco espacio de claridad. Después de todo, era demasiado pequeña. O al menos eso cree.

Pero ahora, al mirar en retrospectiva, su abuela es todo lo que ve. Para bien y para mal. Quería cuidarla. Especialmente cuando empezó a notar el pasar de los años. Rondando los 70, la abuela comenzó a tener dolores que se intensificaron y se volvieron difíciles de ignorar. Los peores eran los de la rodilla y la espalda. El ajetreo del trabajo no era un aporte. Adriana sabía que era demasiado mayor para ese nivel de carga.

Adriana terminó el bachillerato, saltando de biblioteca en biblioteca en busca de internet para estudiar, a los 16 años. Siempre tuvo buen rendimiento académico, y se graduó temprano ya que cuando era pequeña destacó en una prueba y la adelantaron unos cursos. Al salir, consiguió empleo en una franquicia de comida rápida. En casa, la olla ya no lograba pararse sola.

Fueron sus mejores intenciones, pero las crisis no discriminan por pureza de sentimientos. Y Adriana no contaba con que las cosas se pusieran tan difíciles.

Al menos no en tanto sentidos.

...

Al crecer, Adriana siempre se sintió un poco externa. Algo en su familia la hacía sentir como una pieza inconexa del puzzle.

Tenía tres medios hermanos, dos por parte de su madre y uno por parte de su padre, con quienes no podía congeniar por más que lo intentara. En parte por la distancia, porque, para ser justos, no tuvieron las mismas oportunidades de hermandad que se obtienen al vivir bajo un mismo techo. Pero era algo más que eso. Algo en sus opiniones y en sus ideales que los separaba a un nivel fundamental difícil de describir. Difícil de pasar por alto.

Muy parecida era la situación con el resto de sus parientes, sino un poco más cruda. Era la forma en que se burlaban de ella intentando ser graciosos. Las bromas de sus tíos y las risas sobre su apariencia. Eran los apodos de una identidad señalada en ella como un insulto lo que la llevaba a esconderse. Esconder su inteligencia de las tías que la consideraban amenazante; esconder su ropa, sus palabras y su dolor.

-Mamarracha.

-Cachapera.

Venía de todos lados; amigos y vecinos de su zona. Pero nunca tan personal, tan íntimo, como cuando venía desde la familia.

-Qué asco que seas lesbiana.

Estar entre ellos era evitar ser ella misma. Aparentar, incluso cuando los insultos la hiriesen. Acumular la rabia y la ofensa en silencio, porque, aún si lograba expresarlo, eran

incapaces de entender el por qué. Salvo que fuera para explotarlo como material cómico, su sexualidad era un tabú del que no se hablaba. Se sabía, claro. Todos lo sabían. Incluso su abuela.

Lo descubrió cuando Adriana tenía 14 años. Estaba completando un curso de inglés mientras se quedaba con una tía cuando, un día, se le quedó la mochila con sus guías y materiales de estudio. Le pidió a su abuela que le llevara sus cosas. Y cuando llegó, mochila en mano, lanzó la bomba sin previo aviso.

-Si te van a gustar las mujeres, te tienes que ir de mi casa.

Adriana se congeló. El golpe de sus palabras la aturdió por un momento. Alcanzó a reaccionar lo suficiente para preguntar qué estaba pasando, qué por qué le decía algo como eso. Y entonces lo recordó.

La carta.

La primera niña que le había gustado en su vida, por quien aceptó su identidad en ese momento, estaba en su misma clase de inglés. Adriana era tímida, muy tímida. Le costaban las cosas que tenían que ver con emociones fuertes. Dentro de la guía, guardada en su mochila, había guardado una carta para ella.

Planeaba entregársela en la siguiente clase, pero nunca pudo.

Adriana se asustó muchísimo. Respondió que la carta no era suya. Era su letra, eso sí lo reconoció, pero dijo que la hizo a pedido de un amigo. Sólo estaba ayudándolo con su novia. Pero la abuela no le creyó, y ya al pasar el tiempo simplemente prefirió omitir el tema.

Con los años comenzó a hacerse más notorio, y el tema estaba cada vez más latente.

Fue entonces cuando comenzaron los chistes y los comentarios de su familia. Quizás esa era su forma de demostrarle que, pese a todo, en el fondo, lo reconocían. Porque la abuela prefirió omitir.

Siempre estuvo muy pendiente del qué dirán. Adriana se sentía rodeada entre esa cultura de superficialidad; el exceso de atención por el exterior y su incomodidad ante las miradas juiciosas; y la crisis económica que cada día le hacía más difícil hacerse cargo de la casa.

En dos años trabajando, había logrado que la ascendieran hasta gerente de área. Con un mejor puesto, le ofreció a su abuela un descanso de su trabajo para cuidar de su salud y sus dolores. Pero cada día parecía que el trabajo duro conseguía menos. Y cuando tiemblan los alimentos, el cuerpo comienza a dar señales.

Fue en parte por la nutrición deficiente y en parte el hecho de que lo más cercano a herramientas de salud mental que su entorno era capaz de ofrecerle era una minimización de sus emociones seguidas de un discurso positivista, pero Adriana se sintió caer en una especie de depresión. El pelo se le comenzó a caer; primero poco, luego mucho, y así hasta tener una parte de la cabeza sin nada de cabello.

El estrés la estaba consumiendo.

-Este no es mi lugar. Tengo que salir de aquí.

...

Salió de Venezuela con 20 años, el 29 de noviembre de 2021.

Mientras el mundo había estado encerrado por la pandemia del COVID-19, Adriana había sufrido un encierro diferente; en muchos sentidos y por demasiado tiempo.

Pero eso estaba por acabar.

Su viaje comenzó a las cuatro de la mañana, con las lágrimas de su familia mientras la despedían para emprender su camino. En el aire había tristeza por dejarla partir, pero ella estaba expectante. Este era el inicio de algo nuevo. Y era el momento de partir.

Y con felicidad en sus ojos, y una pizca de ansiedad por la incertidumbre de lo desconocido, Adriana se despidió de su abuela y salió rumbo a Chile.

En sus sueños, habría partido lejos de América Latina. Explorado partes diferentes, exóticas y recónditas del planeta. Pero la realidad exige practicismo, y por grande que fuera el mundo, sus opciones eran limitadas.

Era Chile o nada. Así que eligió Chile.

Su primo había llegado a Santiago hacía ya unos 5 años, y podía prestarle dinero suficiente para hacer el viaje y luego recibirla. Adriana lo planeó considerando todos los caminos. No era la primera ni la última en partir al sur del continente, así que pidió experiencias a todo aquel que conocía. No fue una investigación muy larga para descubrir que la caminata era el método más temido e indeseable. El cruce por tierra era descrito, por lo bajo, como duro.

Demasiado duro.

Dispuesta a ahorrarse lo más posible esa caminata a través de Sudamérica, Adriana le quedó debiendo aún más dinero a su primo para comprar un pasaje de avión hasta Bolivia, lo más lejos que le permitiera llegar su falta de visa. Con los ojos puestos en el futuro a través de la ventana del avión, llegó al aeropuerto de Santa Cruz y tomó una van que la dejaría en Pisiga; lista para enfrentar el inicio del viaje.

A cinco mil kilómetros de casa, ya se encontraba un paso más cerca. Cuando llegara a su destino, todo sería diferente.

Tenía una vida por delante, al otro lado de la frontera.

...

Llegó a Pisiga de noche, y lo primero que notó fue el frío.

Era un frío penetrante, diferente de cualquier otro que hubiera conocido. Tres polerones, guantes y la cara cubierta no eran suficientes. Aún así, la impresionó la cantidad de personas. Stands para comprar y comer, puestos para cambiar de moneda y burreros que ofrecían cargar sus bolsos. Adriana necesitó su ayuda. La arena del desierto no la dejaba correr.

-¡Apure! Aquí tiene que caminar rápido.

Sentía que, al pisar, la arena no la dejaba volver a levantar el pie. Costaba, lo suficiente para entorpecer su paso y dificultar los momentos para correr. Estaba bordeando el lado de la Aduana; los grupos se apuraban entre sí, estaba oscuro y la altitud comenzaba a pesar. Los mareos y la jaqueca eran recurrentes. Ella no era la única. A su alrededor, los desplantes enfermos eran fáciles de identificar; desmayos breves, falta de aire y náuseas eran el escenario común. El frío tampoco ayudaba. Hacía mucho, mucho frío.

Es fácil que en momentos así la mente divague. Ser golpeados por la introspección y la duda. Adriana no estaba acostumbrada a salir de su zona de comfort, y ahora estaba cruzando el desierto de Colchane, a oscuras, lejos de todo lo que conocía. Quizás era normal sentirse así en algún momento del viaje. Cuestionarse si seguir adelante, o no, Tratar de decidir si es peor estar en Venezuela, comiendo cosas que le desagradaban, acostumbrándose a hacer filas del supermercado, pero en casa; o estar ahí. Comer lo que estaba comiendo y vivir como estaba viviendo; o el frío.

El frío por sí mismo era suficiente para decidir regresar.

La mente divaga, pero el cuerpo sigue adelante. Y cuando vio la van que la acercaría a Iquique, Adriana corrió por él; pagó 25 mil pesos y se subió para dejar sus dudas atrás.

...

Llegó al terminal de Iquique con su PCR vencido, inhabilitada para tomar otro bus hasta Santiago. Podía ir a hacerse el exámen nuevamente, pero los resultados tardaría dos días que tendría que pasar esperando en algún hostel, sola. Así que encontró una vía alternativa.

Los buses irregulares cobraban cinco veces más que cualquier otra flota y, ya que debían evitar fiscalizaciones, demoraban el doble. A veces se detenían en algunos peajes; conversaban un poco y seguían. Tomaban sus precauciones, pero se movían seguros. Así fue como salió de Colchane, en tres horas de viaje hasta Iquique evitando a la policía. Sus náuseas provocadas por la altura se transformaron rápidamente en inquietud cuando el chófer comenzó a tomar rutas extrañas. Y no fue la única en notarlo.

La preocupación se había extendido por los demás pasajeros y alcanzó un punto de no retorno cuando el carro se detuvo en lo que parecía la nada absoluta del desierto. El chofer hacía parpadear las luces del bus haciendo señales de cambio, pero, fuera de ellos, el camino parecía carecer de cualquier señal de vida.

-¿Qué onda? ¿A quién le haces señas?

Los hombres sobre el vehículo querían saber cómo bajar. Hacia dónde ir. Él hombre tras el volante les decía que todo estaría bien. Estaban requisando más adelante, dijo. No podían pasar. El ambiente era tenso y ansioso; invadido en el miedo de no saber qué estaba pasando, por qué estaban varados en la oscuridad total ni cómo salir de ella.

Eventualmente continuaron su camino. No les dieron más explicaciones.

Sabía que en el trayecto a Santiago enfrentaría aún más incertidumbre. Era más largo, más complejo. Totalmente desconocido. Pero quería llegar lo antes posible.

Se subió enterrando sus miedos. Y en el camino, al menos, mientras estuvo otra vez varada por horas, pudo conocer una playa de Loa.

...

Llegó a Santiago en su tercer día de viaje, cerca de la medianoche del 1 de diciembre de 2021. Su primo la recibió en su departamento; donde vivía con otras cuatro personas y dos niños. Eran tres piezas y dos baños para un total de ocho personas. Dividían el arriendo por habitación en partes iguales, aunque había algunas que albergaban más personas que otras. Tenían turnos para lavar, cocinar y encargarse de la limpieza. La privacidad, con tantas personas bajo el mismo techo, era parecido a un lujo. El espacio -y las pertenencias- cumplían un rol más bien comunitario.

Eran cosas que, indudablemente, complicarían la convivencia en el futuro. Pero esa noche nada importaba. Había llegado a su destino.

Esa noche, la recibieron con una cena.

Y fue muy lindo

Su primo la ayudó a hacer la autodenuncia y le dio un mes para encontrar trabajo. Él cubriría sus gastos por el momento, pero al llegar enero con un nuevo año debía independizarse.

Comenzó a buscar empleo esa primera semana, y descubrió que las opciones eran reducidas por su imposibilidad de un contrato. Necesitaba un lugar que fuera estable, pero que la dejara trabajar irregularmente. Descubrió que, además, sin un contrato de por medio, un sueldo mínimo era difícil de conseguir.

Con el pasar de las semanas, logró encontrar turnos esporádicos como garzona. Sin un horario fijo y a disposición de las necesidades de sus jefes, cumplía cuando se le dictara. Se le juntaba turno tras turno, pero no le importaba; tenía la energía y necesitaba el dinero. Estaba dispuesta a todo. Pero sin papeles el trabajo era inestable.

Trabajó todo lo que pudo, días y noches. Consiguió otro trabajo garzoneando en turnos de 11 a una de la mañana, con una hora de colación y descanso. Saltaba de lugar en lugar, llegando a penas de mes a mes. Trabajaba todo el día, pagaba las cuentas, la comida y era todo. Debía pagarle a su primo el dinero prestado para el viaje, y cuando salía del trabajo luego de un largo día, se sentaba en una banca del parque con tal de no ir a casa.

Adriana no estaba acostumbrada a convivir con tantas personas. La falta de límites la incomodaba. No entendía por qué estaba tan normalizado invadir el espacio de los demás; revisar sus cosas, incluso. Tomar sin pedir. Las responsabilidades y los gastos eran igualitarios, mas no equitativos, y dos baños para ocho personas simplemente no eran suficientes.

Y aún así, se sentía mejor que antes.

En tres meses desde su llegada a Chile, había subido nueve kilos. Los supermercados no tenían fila y podía entrar y salir cuando quisiera sin tener un día asignado. No sólo fue impactante de ver; los productos que hace años habían desaparecido de su vida en los anaqueles llenos, uno tras otro, sin fin; sino también de consumir. Probar esos sabores otra vez. Que su trabajo comprara aquello que realmente quería comer. Elegir.

Era una libertad que se traspasaba más allá del supermercado. Tener, sí. Pero eso no era lo mejor.

Lo mejor era ser.

En Chile podía vestir tranquilamente sin la opinión de su familia. No había nadie que le dijera que sus pantalones eran muy anchos o sus colores favoritos eran ridículos. Acá podía ser

ella misma de la forma en que veía ser al resto; personas que existen en sus propios términos, con pasatiempos, estilos y talentos que nunca fueron limitados por la burla insolente o la prohibición. La diferencia era notable.

Y la tranquilidad que le traía no vivir con eso encima, también.

Fue el incentivo final para marcar límites con su familia. Ellos no lo tomaron de la mejor manera. Siempre les disgustó que Adriana les hiciera notar su propio disgusto; les resultaba incómodo. Decían que era egoísta, rebelde e incluso loca. En casa, las emociones negativas eran ignoradas. Una piedra más a tragar fingiendo que no existe. Alguna vez, cuando trató de explicar lo que sentía, le dijeron que no fuera boba. Sólo no tenía que pensar en eso. Sus emociones no eran especiales.

Aquí podía tomarse el atrevimiento de sentir las. Y era una comodidad que le permitió por fin trabajar en sí misma.

Fue un proceso de constante aprendizaje. De dejar fluir una tristeza reprimida. Con cada paso, el vaso de agua donde sentía que se ahogaba parecía más ancho y más vacío. Sus prioridades se reordenaron junto con su sentido de paz. Chile le había dado herramientas para hablar sobre salud mental de una forma distinta. Y en el trabajo de descubrimiento personal, entendió que hay imágenes que, para ser comprendidas, requieren que nos alejemos del cuadro.

El cambio cultural le mostró que su familia era un producto de sus circunstancias; su crianza, su contexto, sus oportunidades y la falta de ellas los había hecho ser lo que son. A todos. Y después de todo, era su familia. No podía evitar verlos de otra manera; quererlos de otra manera.

Quizás a ellos, desde el otro lado del continente, les pasó lo mismo.

Adriana los llama cada cierto tiempo. Pregunta cómo están y se actualizan mutuamente. Su dinámica, con todos, es mucho mejor. La buena onda, también. Trata de hablar con su abuela con frecuencia. Todos los meses le envía dinero. Adriana siente que, genuinamente, están bien.

Dicen que el amor crece con la distancia, y puede que sea cierto.

Independizarse era costoso y compartir era tedioso. El trabajo era agotador y la burocracia, un obstáculo.

Estar en Chile era difícil. Pero el contexto valía la pena.

...

El primer día fue caótico, como usualmente lo es tras una mudanza. Sólo tenía pan y queso cheddar, pero le faltaban cubiertos para poder untarlo. Todas las tiendas ya estaban cerradas y la falta de cortinas la hacía sentirse observada. Pero no importaba.

Estaba feliz.

Un lugar sólo para ella. Su primer gran triunfo.

Era 24 de diciembre de 2022, poco más de un año de su llegada a Chile. Adriana había celebrado y aplaudido cada compra. Cada pequeño logro. Cada cosa que sintiera gratificante. Esa nochebuena, se sentó en el piso de su nuevo departamento; trágicamente vacío y con la compañía de un queso inalcanzable.

Sentía que había logrado un final para su viaje; el cumplimiento satisfactorio de la misión que la trajo aquí en primer lugar. Pero era un inicio.

Eventualmente llenaría el lugar con cubiertos y muebles. Se compraría una cama, vestiría las ventanas y tendría comida de verdad. Su departamento crecería lento, pero libre. Como ella.

Eligió primero la nevera, y compró leche.

Adriana no lo sabía aún esa nochebuena, pero era sólo el inicio.

CAPÍTULO II: POR LA CARRETERA EN COCHE

Para quienes somos privilegiados, los principales de nuestra infancia se centran en qué juego elegiremos para el recreo, qué vamos a comer de colación o qué darán en la televisión cuando llegemos a casa. Pero esta no es la realidad de todos los niños y niñas. No, al menos, de quienes hacen el viaje migratorio.

¿Qué tanto entiende un niño sobre inflación o el precio del dólar? El dinero es un juego de adultos. ¿Qué es una protesta y por qué debemos ver las noticias cada noche? Los problemas de la gente grande se ven demasiado lejanos. En la niñez, lo que nos preocupa es aquello que podemos ver con nuestros ojos y sostener con nuestras manos.

¿A cuántos de los niños que viajan por las carreteras les preguntaron si querían o no emprender el camino del migrante? Es, en esencia, parecido a cuando al resto de nosotros nos llevaban a misa los domingos. Cuando nos arrastraban al doctor por una vacuna. Cuando nos obligaban a comer verduras como condición para el postre.

Son decisiones que otros toman por nosotros. En ellas no tenemos injerencia. Al final, los adultos saben más del mundo. Son más grandes, más fuertes, mejor preparados. Deciden en base a lo que creen que es mejor para nosotros. Aunque no lo entendamos hasta mucho más tarde.

Migrar nunca ha sido una decisión de los niños. Los menores sólo siguen los pasos de sus padres. Mientras más pequeños, más expuestos están al camino, riesgoso y vulnerable.

Ellos no toman las decisiones, pero siempre son los protagonistas.

Según el informe Balance de Movilidad Humana 2018-2022, cerca de 6.000 de niños, niñas y adolescentes ingresaron de forma clandestina a Chile durante el año 2021, triplicando la cifra de 2020. Esos menores de edad migrantes se enfrentan a las mismas dificultades del viaje; la travesía física, la exposición de su salud o su integridad son una realidad difícil de ignorar;

pero mientras más pequeños son menos entendimiento de ello tienen. Los adultos siguen adelante por la esperanza del futuro. Por la convicción de que lo que van a encontrar será mejor que lo que dejaron. Las cosas que viven o de las que son testigos pueden marcarlos y, sin embargo, lo saben. El sacrificio es parte inevitable del paquete, riesgos que se evitan pero también se aceptan. Al final, cada uno, para seguir, tiene sus propias motivaciones.

Los niños, sin embargo, sólo siguen. ¿Cómo estar seguros de cuánto del camino les deja huella?

Esta es una historia donde los niños, al ser testigos, son los protagonistas.

Suhey se sienta en el borde de la silla plástica que complementa su living comedor. En la cocina, el hervidor vibra a punto de alcanzar su punto máximo. Es martes, y los niños están en casa, recuperándose de un resfriado que los sacó esa mañana de clases. En un hogar donde todos comparten cama, si cae uno, caen los tres. El frío del invierno no perdona, ni lo hacía esa mañana de julio de 2022. Charly había vuelto de trabajar hace poco, dejando las cajas de dulces una sobre la otra en el comedor. Más tarde saldría a la calle a probar suerte nuevamente. Así se pasaba los días. Pero, por ahora, estaban todos en casa. Y Suhey preparó café.

Los niños comían galletas de mantequilla que sacaban sigilosamente de la mesa del centro cuando su madre no veía; jugaban en su teléfono y hacían rebotar un globo color verde por toda la casa. Sus caritas redondas no mostraban restos del viaje que los trajo hasta aquí hace dos años. Todo parecía ya un cuento lejano para ellos. Pero no para Suhey.

Con la taza entre sus manos, Suhey se mentalizaba para contar su historia.

...

-Durante el viaje ves muchas familias. Los niños estaban todos agotados, sucios, llorando mucho. Algunos caían de gripe o dolor de estómago. Fue muy duro. Caminas, caminas y caminas sin saber a dónde vas. Te montas en un camión y no sabes dónde vas. Es todo muy incierto. Las madres y padres con hijos que pasamos esa experiencia, no se la deseamos a nadie.

...

Lo había hablado más de una vez, eso de marcharse. Era una idea fantasiosa que se acercaba a la realidad con cada conversación. Lo pensaba cada mañana que Charly salía a trabajar antes que la luz del sol tocara el cielo. Suhey lo sentía levantarse de la cama que todos compartían, en silencio, y sentía la puerta cerrarse despacio para no despertar a sus hijos. Salir a matar el tigre era cada día una jornada más larga, más agotadora y menos productiva. Quizás ya era el momento de decirle adiós a Venezuela.

Acordaron no hablar con los niños hasta estar listos. Necesitaban arreglar demasiados detalles. Tuvieron que pedir prestado, pero aún así no era suficiente para emprender el viaje en bus. Con lo que tenían, calcularon que lograrían, al menos, cruzar la frontera. Desde ahí, sería día a día.

A los niños se lo plantearon como una aventura. Como en las películas con finales felices, les dijeron que lo mejor estaba por llegar.

Y los padres, sus hijos, un par de bolsos y un coche de guagua, caminaron hasta Chile ese invierno de 2020.

...

-Lo que más vi eran mujeres solas con niños. Y mujeres embarazadas. Pero el tema de las infancias fue algo que me marcó mucho, porque habían muchos niños que quedaron perdidos en el camino. Son cosas que se ven desde afuera. Como papás o mamás que se tomaban a sus hijos y se iban por otro lado, solos. Esa caminata... fue una cosa demasiado fuerte de ver. Difícil, tanto para uno como para los niños. Yo le pido a Dios que nunca más me permita hacer una cosa así. No me creo capaz.

...

El dinero los llevó hasta Cúcuta, Colombia. Se detuvieron obligados, sin nada en los bolsillos para continuar el viaje. La rutina era simple y se repetiría hasta que hicieran los pesos suficientes para seguir su camino: por las mañanas, Charly buscaba trabajos esporádicos alrededor de la ciudad mientras Suhey, instalada con los niños bajo un semáforo, vendía dulces. Ellos, ocultos del sol por un pareo, la veían caminar entre los autos ofreciendo sus confites, siempre pendiente de ellos. Nunca los perdía de vista. A veces, los mismos autos le daban pan y bebidas. Si no, pedía en la calle o en restaurantes. La prioridad eran los niños, y no había dejado que pasaran hambre.

Por la noche, Suhey arropaba a los niños con todo lo que tenía. Charly, por su parte, jamás dormía. Habían oído historias de personas que eran atacadas mientras descansaban, así que, como un perro guardián, pasaba la noche en vela, cuidándolos del peligro. Cortaban el frío con las paredes, eligiendo callejones donde pudieran escapar del viento. Al menos no era tan terrible como en la frontera; ese tramo que caminó con su hija, entonces de tres años, en brazos, sintiendo como si sus pies fueran a desvanecerse entre la neblina.

Fueron tres meses de viaje, durmiendo a la intemperie donde los agarrara la noche. No verían una carpa hasta llegar a Iquique, en lo que parecía una vida más tarde, e incluso Colchane lo pasaron en la calle. Sin embargo, Suhey nunca volvió a tener tanto frío como ese páramo infernal que divide Venezuela y Colombia.

...

Suhey estaba ordenando sus cosas en el semáforo cuando un auto negro se detuvo junto a ella. Los vidrios tintados se bajaron para revelar a una pareja ya mayor, marido y mujer, que le sonrieron con ternura.

-Hola, ¿cómo estás?

-Bien, gracias a Dios.

-¿Esos son tus hijos?

-Sí...

-¿Y no los vendes?

Suhey quedó petrificada. La pareja la miraba esperando una respuesta. Los niños, que estaban a su lado escuchando todo, también. La mujer interrumpió el silencio.

-Es que yo soy estéril, no podemos tener hijos.

-Mis hijos no están en venta- dijo.

Los miró firme. Sería. El hombre sacó una chequera de su chaqueta.

-Pon el número de cheque que tú quieras. Te doy casa, el auto que quieras, lo que sea. Llénalo.

-Mis hijos no están en venta. No los vendo, no los regalo, no los doy a cuidar ni nada que se le parezca. No.

-Pero no se moleste...

-¿Cómo no me voy a molestar? Me estás pidiendo a mis hijos. Tú no sabes lo que he sufrido por ellos. No tienes idea lo que soy capaz de hacer por ellos.

La pareja asintió, subió los vidrios y se marchó. Pero en los 15 días que llevaba en ese semáforo, Suhey se dio cuenta que no era la primera vez que había visto su auto. Al día siguiente, volvieron con leche y mantas para los niños. Hicieron un hábito de pasar a dejarles comida. Suhey lo aceptó con sospecha. No estaba en condiciones de rechazar comida para la boca de sus hijos. Sin embargo, insistió en su firmeza.

-Mis hijos no se venden- dijo, incluso antes que sacaran el tema.

-Si no puedes mantenerlos, véndenoslos. ¿Qué tal al más pequeño? ¿Cuánto tiene? ¿Unos meses? Podrías venir tú también si quieres. Sin tu marido. Tú y los niños. Podrían vivir con nosotros.

-No.

La miraron con intriga antes de irse. El auto negro brillante desapareció de su vista. Los niños se tomaban la leche con curiosidad, acomodándose bajo las mantas. Esa noche, mientras Charly hacía guardia y los niños dormían sobre el cemento de la calle, Suhey deseó nunca haberse ido de Venezuela.

...

-A veces algunos choferes o personas en el camino paraban a preguntarnos a dónde íbamos. Decíamos: a Chile, y ellos nos ofrecían empujoncitos porque aún estábamos muy lejos. Pero a veces esos empujoncitos nos dejaban en plena autopista, donde no pasaba ni un alma y ellos tomaban otra vía. Teníamos que pararnos a hacer dedo o caminar. Era eso o dormir en ese sitio. Nunca sabías realmente dónde te llevarían.

...

Se demoraron un mes en cruzar Colombia para llegar hasta Ecuador, y los cuerpos de los niños ya mostraban los efectos de la extensa caminata y la poca comida. La ropa les quedaba mucho más holgada que cuando dejaron el calor de su cama familiar en Venezuela. Sus piecitos sucios tenían ampollas y callos donde antes solo había piel suave y prístina, y más de un resfrío los había agarrado durante las noches frías en la acera dura. Sin embargo, eran afortunados. Padres cargando niños con diarrea, labios secos y lesiones leves era el paisaje de todos los días. A diferencia de los otros pequeños que componían los otros grupos viajeros con quienes se cruzaban, ellos no habían sufrido deshidratación o desmayos por el sol. Y cuando se cansaban, Suhey y Charly los cargaban en el coche, juntos y apretados como el bulto de los bolsos, turnándose para arrastrarlos por los caminos de tierra.

El coche, heredado de un hijo a otro por años, tenía las ruedas gastadas y su color cielo ya estaba desteñido. Le costaba doblar a la izquierda y cada un par de kilómetros hacía un ruido extraño que los hacía temer que se caería pedazos. Aún así, era la mejor forma de viajar como familia evitando que los niños sufrieran largos trayectos. Al menos desde el incidente de la burra, cuando Suhey le prohibió a la familia seguir montándose en los camiones.

Fue un poco antes de pasar la frontera a Ecuador, en el final de su agotador cruce por Colombia. Iban junto a un grupo tratando de montarse en los camiones que pasaban por la carretera. Mulas, les decían. Y saltaban en ellas cuando bajaban la velocidad frente a un cruce. Pese a que servía para descansar mientras continuaban avanzando varios kilómetros, a Suhey nunca le gustaron las mulas. Sola con Charly podría haber saltado sin miedo, pero no con los niños a cuestas. Aunque se tardara más y debiera esperar todo el día, no se subía si la mula no se detenía por completo. Era más seguro así.

Sin embargo, la siguiente mula que pasó apenas bajó la velocidad. Y la familia a su lado, un padre y una madre joven con una hija pequeña de no más de dos años, corrió tras ella. Tenían un plan: la mujer subiría sola, y el hombre lanzaría los bolsos y pondría a la pequeña sobre el camión para que ella la recibiera. Él lo logró, situando los bolsos y a la niña según el plan pero quedando abajo él mismo. Siguió corriendo, esperando ver el momento en que su esposa tomara a su hija. Pero no pasó. Al voltearse, vio a su mujer corriendo tras de él: también había quedado abajo de la mula. Y ambos la vieron alejarse por la carretera con su bebé arriba.

La mujer se descompensó. Cayó a la tierra y el grupo se desplegó para socorrerla. Pero el hombre corrió. Corrió tras del camión mientras la gente sobre él le gritaba al chofer que se detuviera. Si escuchó o no, nunca lo sabrían. Simplemente siguió adelante. La mula se perdió de vista por la carretera, y el hombre corrió tras ella. Sus sandalias salieron volando y sus pantalones se caían, y él seguía corriendo. Corriendo y llorando, descalzo por la carretera y dando gritos desesperados.

Unos minutos después, una moto apareció donde la burra se había perdido de vista. Se había topado con la escena y, acudiendo a los gritos de la gente, se cruzó frente al camión obligándolo a frenar. En su falda traía a la pequeña, entregándola otra vez a los brazos de su padre. El hombre lo abrazó derramando lágrimas sobre el hombro de su chaqueta negra, volvió con su hija donde su esposa yacía pálida, reuniendo al fin a su familia ante la mirada atónita del grupo de caminantes. Y cuando la calma volvió a reinar en la carretera, Suhey rompió a llorar sin

control ante el desconcierto de sus hijos. En sus oídos retumbaba aún los gritos ahogados del hombre. Y juró que ni ella ni su familia volverían jamás a subirse a una mula.

...

-Lloraba como si fuera mi hija en ese camión. Como madre, lo sentí. Ver que tu hija se te va, correr, correr y correr, y no poder alcanzarla. No dejaba de pensar en por qué el carro no paraba. Ese momento me generó mucho miedo. Me daba mucho miedo todo lo que faltaba, ya no podía más. No quería seguir arriesgando así a mis hijos. Sólo quería devolverme.

...

Habían pasado poco más de tres meses de viaje, deteniéndose aquí y allá para generar dinero suficiente para seguir, pero estaban cada vez más cerca de lograrlo. Una vez en Perú, Chile se veía mucho más cerca y el camino, menos terrorífico.

Estaban un paso más cerca. Sólo debían encontrar cómo salir de Lima.

Iban caminando por la ciudad cuando una moto se les acercó cortándoles el paso. En ella, un hombre joven sonreía.

-¿Para dónde van?

-Vamos a Chile -respondió Charly.

-No... ¡Están muy lejos! Hagamos algo, los llevo hasta un terminal.

Charly no dijo nada. Suhey también mantuvo la distancia, siguiendo instintivamente a su esposo y con una sensación demasiado familiar.

-Los llevo hasta un terminal -dijo el hombre, rompiendo el silencio- Pero me quedo con el niño aquí en Perú hasta que ustedes se establezcan en Chile. Les doy mi número de teléfono para que lo vengán a buscar.

-¿Cómo?

Pero el hombre ya no hablaba con ellos; se dirigía a su hijo mayor, que se aferraba con fuerza a la pierna de Suhey moviendo la cabeza en forma de negativa.

-Quédate conmigo, vas a estar bien. Yo tengo una casa, con una esposa y otros niños. Te vamos a cuidar.

El terror se había apoderado del pequeño cuerpo de su hijo mayor, que con cinco años veía con los ojos inyectados de miedo al hombre de la moto. Su hermana menor lloraba mirando a su madre, que sostenía en una envoltura de canguro al bebé que dichosamente ignoraba lo que sucedía.

-¿Qué te pasa? -le gritó Charly- ¿Estás loco? Tú no sabes lo que hemos hecho, lo que hemos luchado por nuestros hijos. No sabes lo que haríamos...

El hombre intentó convencerlos, sin éxito. Ni él ni nadie podría. Charly seguía gritando. Se enojaba más con cada argumento. Ella recordaba a la pareja de Cúcuta, fingiendo interés en el bienestar de los niños y ofreciéndoles comida, techo y dinero. Aparentar buenas intenciones con personas necesitadas claramente era una estrategia de manipulación popular. No quería siquiera pensar en cuántas personas desesperadas habrían caído víctimas de ella.

Necesitaba llegar cuánto antes a Chile.

...

En el viaje se fueron topando personas. Grupos de migrantes, como ellos, y niños, que como los suyos, iban acompañando a sus familias. Nunca estaban realmente solos, pero tampoco viajaban juntos. El camino del migrante es, después de todo, un viaje personal.

Trataban de no quedarse atrás. A menos que tuvieran la necesidad de generar dinero, evitaban quedarse estancados en un lugar por mucho tiempo. Gracias al cochecito, sus hijos eran capaces de resistir largos caminos. Se dividían los turnos para empujarlos por los caminos de tierra y los cubrían del sol para evitar insolaciones. Otras familias debían detenerse más seguido ya fuera por sus pequeños o por sus mayores. El agotamiento de la travesía no era cosa de débiles. Pero Suhey y Charly eran jóvenes; con la energía y las condiciones para soportarlo. O al menos así era cuando salieron de Venezuela.

Cuando Suhey miraba a su esposo, pensaba que en cualquier momento desaparecería. El poco alimento y el extremo esfuerzo físico, sumado a las noches en vela montando guardia de seguridad, habían consumido el cuerpo de Charly hasta los huesos. Su nutrición no era constante; a veces se comía, otras no. Nada parecía llenador frente a las horas de caminata diarias y casi siempre se comía poco. Además, los niños eran siempre la prioridad. El principal esfuerzo estaba en evitar que pasaran hambre. Y aún así, sus cuerpos decían otra cosa.

Por primera vez, las pequeñas clavículas de sus hijos eran visibles. En su niña de tres años, de grandes ojos café y rizos oscuros, los pómulos sobresalían como si estuvieran dibujados, y su niño mayor, de cinco, parecía la mitad que antes. Incluso su bebé se veía más flaquito. Pero todo estaba por terminar.

Era noviembre de 2020, y finalmente habían cruzado a Chile.

...

-No demoramos unas 6 horas en cruzar a Colchane. Veníamos en un grupo muy grande, con una señora de aproximadamente 60 años que ya no daba más. Estaba casi muriendo. Un grupo de tres hombres que iba con nosotros nos dejó ahí, y antes de irse uno me dijo: 'Si sigues esperando a esta señora harás que tus hijos se mueran'. Claramente no íbamos a dejarla botada, pero nos atrasó mucho. A muchas personas hubo que asistirles por la altura.

...

Cruzaron la frontera hacia un refugio donde se entregaron a la policía. Esperaban encontrar un lugar donde dormir pero el lugar estaba lleno. No había espacio para nadie. Dentro, hombres jóvenes y solos ocupaban camas. Mientras que afuera, a la intemperie, un grupo de personas -y aproximadamente 30 niños, hasta donde pudo contar Suhey- se preparaba para pasar la noche. Y ella no pudo evitar sentir rabia.

Nadie estaba exento del cansancio del viaje. Ninguno de ellos había llegado hasta allí en condiciones mejores, ni especiales ni privilegiadas. El orden de llegada mandaba, lo sabía. Pero estos eran niños. Y un hombre debía tener mucha más resistencia que un niño de cinco años ante el cansancio, el hambre y el frío. Era la forma en la que debía ser. ¿Por qué, entonces, no les cedían el espacio? ¿Cómo podían descansar tranquilos cuando 30 niños dormían en la calle al otro lado de su ventana?

Era, simplemente, la ley del más fuerte.

Esa noche la pasaron otra vez en el cemento de la calle, arrojando a los niños con todo lo que tenían.

Una señora que vendía café los dejó apoyarse en su carro para cortar el viento.

...

Un año y ocho meses habían pasado desde esa noche. Dos años completos desde que decidieron dejar Venezuela.

Su hogar aún no estaba terminado, pero habían avanzado bastante. La construcción blanda estaba lista, salvo por pequeños detalles. Pero, con apenas 30 años, ambos son lo suficientemente jóvenes como para tener el privilegio del tiempo a su favor. Más adelante, con mejores condiciones y más recursos en mano, llegarían a esos arreglos. Como la entrada. El pasillo de tierra tenía baches y hoyos cubiertos por un largo tablón de madera que daba hasta la puerta,

desde dónde se veía el espacio completo; la cama de dos plazas junto a los muebles de plástico del living y la mesa que convertía el rincón en una pequeña cocina americana. Una puerta cubierta por una cortina improvisada de tela y clavos ocultaba el paso hacia el baño y la vista del clóset. Cuando llegaron, el lugar no era más que un terreno baldío. El cemento que ahora sostenía el peso de sus pies había nacido del trabajo duro y constante de ella y de Charly.

Ahora, eran unos vecinos más de Cerrillos. Esperando que su campamento terminara de regularizarse.

Charly salía todos los días a vender dulces y confites en la calle. Así fue que, entre ambos, armaron el hogar por partes. Pero ella ahora había encontrado trabajo limpiando un convento los jueves, viernes y sábados. A veces incluso la llamaban otros días. Sus hijos habían crecido. Ahora estudiaban en un liceo a 20 minutos de su casa y el mayor había pasado a tercero básico. Ni sus clavículas ni sus pómulos eran visibles, y todos en la casa habían recuperado -con ganas- el peso que perdieron durante la odisea a través del continente. Hoy, su principal problema era el clima. Nunca habían ido al colegio con un invierno tan frío. Pero quedarse en casa comiendo galletas con mamá limpiando sus narices estaba lejos de ser un castigo.

Quizás debió hablar con ellos antes. Sabía que había sido algo de último minuto. ¿Debió haberlos preparado mejor para lo que les esperaba el camino? Ella tampoco lo sabía antes de vivirlo, para ser justos. ¿Escucharon algo de esas conversaciones previas? ¿El camino que llevó a la decisión final de irse? Si había contribuido o no a la incertidumbre, no tenía cómo saberlo. ¿Debieron haberles dicho directamente? Eran demasiado pequeños. Tratar de explicar la esperanza en el supuesto futuro por sobre lo intimidante de la distancia y las condiciones era algo demasiado lejano y relativo, incluso para los adultos. Además, quién sabe cuánto realmente recordarán de ese viaje en un futuro.

Este martes de julio, sus hijos están bien alimentados y felices. Su niño menor hace rebotar un globo color verde sobre las tazas de café y las cabezas de las visitas. Suhey lo manda abrigarse y le pide por favor que no la interrumpa mientras cuenta su historia. Su niño mayor está

en la cocina, jugando en el teléfono, y su niña de los rizos oscuros le sonríe con dulzura. Quién sabe cuánto recordar an de ese viaje en este momento.

...

-Algunas cosas les quedaron. Ahora, cuando ven camiones y eso, creen que es una mula.

CAPÍTULO III: ROMPIENDO EL CÍRCULO

La migración no es un hecho exclusivo del siglo XXI en la historia de Chile. Es parte de sus raíces, su formación y su cultura. Lo único inédito de este fenómeno es el explosivo aumento de los últimos 10 años.

En la primera década de los años 2000, la presencia de migración de ciudadanos y ciudadanas de países fronterizos ya era una realidad cuantificada. El Censo de Población y Vivienda del año 2002 señaló que los extranjeros residentes representaban cerca del 1,2% de la población total en Chile. Esto se traducía en más de 185 mil personas.

Como hemos planteado antes, los orígenes detrás del fenómeno migratorio siempre son amplias. Hay una relación directa entre el aumento de la migración interna de América Latina y la estabilidad social y política de sus países. Esto, sin embargo, es un factor de contexto. Se aumenta o se reduce dependiendo de la situación individual de cada nación latinoamericana.

Hay otras razones, no obstante, que son atemporales y tan antiguas como el fenómeno mismo.

La violencia de género ha sido un rostro invisibilizado dentro del fenómeno migratorio, desde la violencia que ocurre en el país de destino, pasando por aquellos que se tuvieron que cruzar para llegar ahí como la que ocurrió en el país de origen. Mujeres que han escapado en busca de seguridad y oportunidades, huyendo de una violencia sistemática de diferentes aristas, ha habido siempre.

Un estudio entregado por el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género, señaló que en el año 2020 un 42,3% de las mujeres migrantes que se encuentran en Chile han sido víctimas de violencia alguna vez en su vida.

Es importante sin embargo, hacer notar que, cuando hablamos de violencia, no sólo hablamos de agresión física.

La Organización de las Naciones Unidas entiende la Violencia contra mujeres y niñas en el ámbito privado como violencia física, la más visible de todas; la violencia emocional, como la merma del valor propio a través de las humillaciones constantes; la violencia psicológica, intimidación directa con amenazas a la propia seguridad y la de otros; la violencia sexual, la obligación de participar en actos de carácter sexual sin consentimiento; y la violencia económica, el intento de conseguir la dependencia financiera del otro para ejercer control sobre sus recursos.

Buscar una nueva vida y mejores oportunidades toma una significación distinta en este contexto.

La violencia es un factor que no discrimina contextos sociales, económicos o políticos. Muchas veces, las mujeres que emprenden este viaje lo hacen solas. No sólo dejan atrás sus vidas y matrimonios, sino también a sus familias e hijos. El camino es demasiado duro, demasiado vulnerable, para llevarlos consigo. En este contexto surgen las remesas, parte fundamental de muchas economías domésticas, y se prepara el sendero para que los demás lo sigan.

Esta es una historia marcada por la violencia, y la ambición y convicción profunda de que se puede salir de ese círculo.

1984: EL INICIO

Marlenne siempre se sintió protegida. La única mujer de cuatro hermanos, toda su vida fue cuidada como una perla preciosa, atrapada entre cuatro paredes. Se sentía, quizás, demasiado protegida. Haber asomado la nariz por la ventana de vez en cuando hubiese sido agradable. Gracias a Dios por su papá. Él sí creía en darle el espacio apropiado para sus 17 años. Pero sus padres se habían separado hacía ya muchos años y ella vivía con su madre. Con su única posibilidad de vivir su vida alojada en otra provincia.

Sus hermanos habían tomado el rol paterno de la casa, y ella los adoraba. Con su padre lejos, ellos se habían convertido en la principal referencia masculina de su vida. Tenían un vínculo cercano, y ella realmente los adoraba. Pero el amor y el cariño frecuentemente se veían opacados por la sobreprotección que la asfixiaba. Sin embargo, pese a su dinámica, jamás nada le hizo falta. Ni material ni emocionalmente. Tenía una casa bonita y cuidada, una familia que la quería y todo lo que podría necesitar. O casi.

Se veía a sí misma y se daba cuenta que no tenía ninguna libertad.

Tampoco es como que pedía demasiado. Tal vez ir con sus amigas a pasear después del colegio en lugar de tener que volver corriendo a casa. Pero tenía su escape. Cada fin de semana, viajaba a la provincia de Salinas para visitar a su padre. El recorrido se convertía en su respiro de aire puro, un momento que era sólo para ella.

Y así fue, hasta que conoció a Byron.

Lo conoció de casualidad, camino a casa de su padre. Tenían un amigo en común, y mientras ella aún no terminaba el colegio él estaba cerca de cumplir los 30. Pero la edad no fue un impedimento. Y con la intensidad que sólo trae la adolescencia, Marlenne se enamoró perdidamente.

Era su versión personal de Romeo y Julieta. Debían verse a escondidas, lejos de su familia y a espaldas de todo el mundo. La diferencia de edad no era algo que el resto dejara pasar tan fácilmente como ella. Marlenne no entendía el problema. Después de todo, el amor es ciego. Pero su familia no lo entendía. Cuando trató de explicarles, se negaron a aceptarlo. Le prohibieron verlo, salir con él o siquiera hablarle. Pero Marlenne había pasado demasiado tiempo aceptando sus reglas en silencio, y ahora estaba enamorada profundamente. No había nada que pudiera detenerla.

Aún no lo sabía, pero era el inicio de toda su historia.

...

Fue después de la fiesta de Navidad, luego de la misa y todas sus tradiciones. Había cumplido con todo lo que su familia le pedía para la fecha, así que decidió ir a ver a Byron. Su madre, sin embargo, se negó a dejarla ir. Marlenne solo quería salir a pasear con su novio. Había insistido en ello toda la tarde sin éxito. Su madre se negaba a cambiar de opinión. Y cuando la paciencia de Marlenne colapsó, hizo algo de lo que nunca pensó ser capaz.

-¡Déjame salir! -le gritó a su madre.

Pero ella no cedía. Repetía “no”, una y otra vez como un mantra. No la dejaría salir. No la dejaría irse con él. Esa era su casa y esas sus reglas. La respuesta era no, y Marlenne tuvo suficiente.

-Entonces me voy.

Era demasiado joven. Estaba demasiado enamorada. Quizás en el fondo sabía que no era la mejor idea que pudo haber tenido, pero en ese momento nada importaba. Con miedo, emoción y adrenalina, tomó sus cosas y escapó a casa de Byron. Pero llegaría donde el hombre al que amaba, dejando atrás los obstáculos que les impedían estar juntos. Él la contendría, por fin

comenzarían a vivir la relación pública y real que su amor merecía y viviría feliz para siempre. Por una vez, le probaría a su madre y a sus hermanos que se equivocaban.

Pero la realidad no es piadosa con las expectativas. Y a veces los padres tienen razón.

Byron vivía con su madre, que no sabía realmente cuánta era la diferencia de edad entre ellos. ¿La habría recibido distinto de saberlo? Quizás la habría enviado de vuelta a casa. No estaba segura, pero el riesgo de que lo descubriera era bajo. Marlenne era una niña, pero aparentaba ser una mujer. Su altura y su cuerpo la hacían pasar fácilmente como una universitaria. Y si habían en su rostro restos de niñez, ella no los vio.

Él no sabía que ella iría esa noche. Asumió que, cuando no apareció para su paseo, sus planes se habían cancelado. Cuando Marlenne llegó a su casa, pasada la medianoche, no había ningún indicio de que era 25 de diciembre. Sin árbol, guirnaldas ni regalos, lo único a la vista era Byron bebiendo en la sala. Fue evidente para Marlenne que se había pasado de copas desde hace muchas horas. Era una escena que ella jamás había visto; en su casa apenas se bebía. Nunca había visto a nadie arrastrando palabras o doblándose ante su propio peso.

No supo si irse o quedarse. Se sentía insegura, aún con la madre de Byron presente. Cuando intentó levantarse, él la detuvo para que no se fuera. La única explicación era que estaba pensando con el corazón. Decidió quedarse, pero no quiso contarle que había escapado de casa. Era mejor omitir para evitar más problemas. Aún así, no se sentía cómoda. Byron no había dejado de beber en ningún momento desde que ella cruzó la puerta. Estaba actuando muy diferente a cualquier faceta de él que ella conocía. Y cuando su madre subió a acostarse, y finalmente quedaron solos, los temores que la envolvían comenzaron a aumentar.

Estaba desagradablemente cariñoso, pasando todo límite que Marlenne había puesto desde que se conocieron. No dejaba de tocarla, cada vez con más intensidad e insistencia, tratando de forzarla a algo que ella aún no había hecho. Comenzaron a forcejear, pero él no se detenía. Ella no dejaba de pelear, y él parecía que ya ni siquiera la escuchaba. Frustrado y ebrio, Byron levantó la mano y la cerró en un puño.

Ambos se quedaron en silencio. Ni el cuerpo ni la mente de Marlenne le respondían. El shock invadió la habitación y los dejó a ambos detenidos en el tiempo, incapaces de moverse. No supo cuántos minutos pasaron antes de volver a moverse.

Actuando como si nada, Byron subió a su habitación. Y Marlenne, con los ojos llenos de lágrimas, lo siguió.

Ambos estaban recostados sobre la cama, pero Marlenne no podía dormir. Tenía miedo a su lado, aún no terminaba de asimilar lo que había ocurrido. Quería escapar tan lejos como le dieran los pies, pero ya no tenía a dónde ir. No podía regresar a casa con el ojo morado e hinchado. Temía la reacción de sus hermanos. Temía lo que diría su madre. Lo que sentía estaba lejos de ser orgullo o enojo.

Lo que sentía era vergüenza.

Era una Navidad lejos de todo lo que conocía. Y jamás podría olvidarla.

...

-Marlenne...lo siento.

Cuando Byron despertó al día siguiente, se deshizo en disculpas. Juró nunca volver a ponerle un dedo encima y volvió a ser el novio cariñoso y agradable que hasta entonces había sido. Marlenne quiso huir en un principio, y quizás lo hubiera hecho de haber sentido que podía volver a casa. Pero no tenía dónde más ir. Además, Byron parecía estar genuinamente arrepentido. Y después de todo, estaba enamorada.

No volvieron a tocar el tema.

Pasaron los días, y haciendo caso omiso de su ojo morado, actuaban como cualquier pareja joven y enamorada. Marlenne soñaba con formar una familia, tener un hogar y un

matrimonio. Además, si se casaba con Byron, su familia no podría volver a cuestionar su relación o incluso su huida. Esa sería la forma de poder volver a casa. De alguna forma, pensó, el fin justificaría los medios. Y lo amaba. O al menos de eso se convenció cuando vio los autos policiales por la ventana.

El mayor de sus hermanos llegó a buscarla con la policía, y Marlenne se imaginó siendo arrastrada de la casa de vuelta con su madre y hermanos, con un ojo morado, en un auto con sirenas. ¿La dejarían encerrada para siempre como una princesa custodiada por un dragón? ¿Qué serían capaces de hacer cuando vieran la evidente señal de agresión en su rostro? ¿Le pondrían morado el otro ojo? Tal vez esta era la única posibilidad que tendría de escapar de Byron. Pero, ¿quería escapar de Byron?

Si no se iba en ese momento, no se iría nunca.

Angustiada, corrió al segundo piso y, como una niña huyendo de los monstruos, se escondió debajo de la cama hasta escuchar a sus hermanos irse.

...

Él nunca volvió a agredirla. Al menos no físicamente. Contrajeron matrimonio apenas Marlenne cumplió 18 años. Pero una vez que la luna de miel llegó a su fin, los celos, las prohibiciones y la violencia verbal se volvieron parte de su día a día.

Toda su adolescencia soñó con hacer su propia vida. Tener libertad e independencia para convertirse en una mujer. En Byron había visto una ventana para lograrlo, y saltó a ella sin pensar dos veces. Pero la ventana se había roto. Estaba una vez más tras las rejas, esta vez sin la calidez de un hogar compuesto de cariño y amor fraterno. Porque Byron no la guardaba como a una muñeca dentro de su caja porque intentara protegerla, sino para contemplarla como un juguete que era sólo suyo.

La relación con su familia no volvió a ser la misma. Mantenían contacto, con distancia, siempre lejos de Byron. Ni su madre ni sus hermanos aceptaron jamás a su esposo. Pensaban que era malo para ella. Pero Marlenne estaba rendida; había dado el acepto.

Era muy tarde.

Un par de años después, Marlenne quedó embarazada. Ni siquiera eso fue suficiente para detener la violencia. Al contrario, parecía que Byron y su matrimonio sólo empeoraban con el pasar del tiempo. El amor había dejado de existir hace mucho, si es que alguna vez lo hizo, y ella estaba muy cansada para seguir luchando por algo en lo que ya no creía.

Él nunca volvió a agredirla físicamente. Pero lo habría hecho si ella se hubiese quedado.

Con sólo 20 años y un bebé de meses en brazos, Marlenne volvió con su madre. Escapó de Byron y lo sacó completamente de su vida. Se negaba a exponer a su hijo a la violencia de su padre, y estaba dispuesta a tragarse cualquier sentimiento de culpa o vergüenza para regresar. Pero no fue necesario; el hogar que la vio crecer la recibió con los brazos abiertos. Su familia, a diferencia del miedo que la invadió por años, no le cuestionó nada.

Aún después de tanto tiempo, después que ella les dio la espalda, estaban dispuestos a protegerla.

Tardó años pero Marlenne finalmente lo entendió: siempre puedes volver a casa.

...

1999: PARTE I

A los 32 años, Marlenne llevaba 10 años de un matrimonio relativamente estable y cómodo, con el recuerdo de su primer esposo muy atrás en el pasado. Poco después de su divorcio había conocido a Luis, un marino mercante de poco más de 40 años y situación

acomodada. Ella era una madre joven, pero su pequeño nunca fue un impedimento para que formaran una vida juntos. Habían tenido dos hijos; ambos niños; y el matrimonio y sus tres pequeños se habían ido a vivir a una casa nueva y más grande. Gracias a su trabajo, Luis llegaba siempre con mercadería. Más que faltar, el pan en la mesa sobraba. Por lo mismo, desde el inicio de su matrimonio, él prefería que Marlenne no trabajara. Insistía en ello. ¿Para qué salir a la calle si no tenía necesidad de hacerlo? Él ganaba dinero suficiente para mantenerlos a todos. Ella podía enfocarse en la casa.

Económicamente, Marlenne nunca había estado tan cómoda. Ni siquiera en casa de sus padres. Estaba viendo crecer a su familia, y Luis estaba en las nubes con su nuevo bebé. Debería haber sido el momento más feliz en la vida de ambos.

En su lugar, fue el inicio del fin.

Luis siempre se había llevado bien con el hijo de Marlenne. Si no hubiese sido así, ella no lo habría desposado. Siempre estuvo incluido en los planes que tenían para su vida. Pero desde el anuncio de su segundo hijo, su actitud con el niño había comenzado a transformarse. Parecía más distante, menos atento. Luis manejaba el dinero y los recursos parecían redistribuirse siempre favoreciendo al hijo en común de ambos. Ese fue siempre un factor de pelea, y sólo empeoró con la llegada de su tercer bebé.

Sin embargo, Marlenne se negaba a hacer diferencias. Cuando se dio cuenta de que a su hijo mayor le faltaba ropa y su marido se negaba a pasarle dinero para que ella manejara sus necesidades, Marlenne consiguió unos pesos por su cuenta. Y, a espaldas de Luis, lo invirtió en joyas para vender entre sus conocidas. Si tenía que generar sus propios recursos para asegurar la igualdad de condiciones entre sus hijos, lo haría. Y en el camino, descubrió que tenía labia y actitud para llevar un negocio. Se dejó llevar por sus ideas y la ambición de mantener a sus hijos. La independencia se sentía bien, aunque fuera a espaldas de su esposo.

No obstante, cuando comenzaba a crecer, tuvo que parar.

En la época en que quedó embarazada de su tercer hijo, su esposo había tenido un accidente de barco. Desde ese día, tuvo que dejar su puesto de trabajo y comenzó a pasar mucho más tiempo en la casa. Con él tan cerca, tuvo que dejar su pequeño negocio de joyas. Sin embargo, no fue lo único que tuvo que dejar ir.

Su hijo mayor parecía cada vez más retraído. Apenas si se notaba que existía dentro de la casa. Su esposo no parecía notarlo sino más que para llamarle la atención, y mientras más tiempo pasaba con la familia, más se notaba la diferencia de trato con sus hijos. Y un día, lo vio.

Luis estaba sentado a los pies de la cama de su hijo mayor, haciendo temblar su colchón con la fuerza de sus manos. Su niño, de sólo nueve años, estaba sentado en la punta con ojos de miedo, con su cuerpo siendo sacudido de un lado para otro. Luis lo insultaba mientras hacía temblar la cama, sin ningún objetivo más que intimidarlo. Fue la gota que rebalsó el vaso.

Marlenne tomó la decisión de irse esa misma noche.

Nuevamente volvió con su madre, ahora con dos niños en sus brazos. No podía volver con Luis, aún por toda la tranquilidad económica del mundo, pero sí podía volver a casa. Y era hora de reinventarse. Había pasado diez años de su vida condicionando su libertad a hombres que la agredieron física, emocional y económicamente. Sus hijos no podían estar expuestos a una vida con ese tipo de violencia. Quería salir adelante por ellos, aprender a sobrevivir por sí misma. Costara lo que costara. Nunca más aguantaría humillaciones de un hombre por culpa, comodidad o miedo.

Nunca más volvería a necesitar a nadie.

...

Marlenne dejó a su hijo mayor en casa de su madre y preparó un plan de escape para dejar a su esposo. Sabía que no podía quedarse, pero tampoco podía irse sin una forma de alimentar a sus hijos. No tenía profesión ni experiencia real de trabajo. Ecuador no tenía oportunidades reales

para ella. Estados Unidos se le cruzó por la cabeza. Era un desafío para demostrarse a sí misma que era capaz de salir adelante sin ayuda de un hombre; alejarse del padre de sus hijos y llevárselos lejos para que jamás volviera a hacerles daño. Pero la distancia era demasiado grande. Realistamente, no podría llegar hasta allá con los niños. ¿Y si los dejaba con su madre y ocurría alguna emergencia? Volver desde tan lejos sería demoroso y difícil. Entonces lo escuchó de una apoderada del colegio de sus hijos: había escuchado del profesor de educación física que se podía conseguir trabajo casi al instante. Dominaba el idioma, podían llegar en bus y decían que era un lugar seguro y perfecto para encontrar una mejor vida.

Por la forma en que lo contaban, sonaba casi como un oasis. Y cuando lo tuvo todo resuelto, tomó a los niños y se fue.

-Me voy, Luis. Esta vida no puede seguir así. No me cabe en la cabeza que alguien maltrate a mi hijo de la forma que tú lo estás haciendo.

Lo planeó todo para que los niños quedaran con su madre y no con su esposo. Les enviaría dinero apenas llegara y consiguiera trabajo; y cuando tuviera todo listo para recibirlos, los iría a buscar y los llevaría con ella. La separación fue dura para todos. Pensar en que lo hacía por ellos fue la única forma en la que logró irse. Sentía que les estaba fallando, pero no tenía más opciones.

Así, Marlenne partió rumbo a Chile.

...

1999: PARTE II

Las lágrimas corrieron por su rostro todo el camino hasta Tacna. No podía dejar de pensar en sus hijos. Pero en la nostalgia encontraba valor para continuar el viaje. Era como un mantra que se repetía para mantener su fuerza: este era el camino que los llevaría hacia una vida mejor.

Sabía que sería difícil cruzar la frontera. Los grupos migratorios que entraban a Chile no eran demasiado grandes. El final del camino sería solitario y, sobre todo, arriesgado. Se encontraba en el paso fronterizo de Chacalluta cuando se quedó sin dinero, intentando entrar sin éxito por problemas burocráticos con la policía. La ansiedad la atacó otra vez. Quizás la mejor decisión que podía tomar era volver a Ecuador. Era arriesgado, pero estaría junto a sus hijos como debía. Asustada, volvió al terminal de Tacna y consiguió cómo llamar a casa. La gente pasaba a su lado mientras sostenía el teléfono con fuerza. Del otro lado de la línea, su cuñada contestó.

-No, no regreses. Tomaste una decisión, síguela. Hay una esperanza para tus hijos allá. Continúa.

Fueron palabras cortas pero precisas. Y le dio justo lo que necesitaba en ese momento.

-Voy a cruzar. Lo haré por ustedes.

Su familia le envió dinero para que pudiera cubrir los gastos necesarios para llegar a Chile, tomó lo que tenía y salió del terminal y cambió de rumbo. Cruzó a Bolivia con dirección a Pisiga; intentaría llegar caminando hasta Colchane. Ya sentía cómo pesaban los más de tres mil metros de altura. El frío ya se había instalado en cada centímetro de su piel, y su cuerpo trabajaba al máximo para hacerla cruzar al otro lado sin novedades. No podía permitir que nada la detuviera. Los coyotes no dejaban de acosarla con ofertas, pero ella se mantuvo firme. Y para mantenerse de pie en el desierto, recordaba las palabras de su familia a través del teléfono.

-¿Cómo piensas que no eres capaz? Cruza nomás, hija. Has llegado muy lejos como para dar pie atrás.

Marlenne caminó hasta entrar a Chile y fue directo a la policía. Su odisea había terminado. O eso pensaba.

...

Tomó un bus que la llevó hasta el Terminal Rodoviario de Iquique. Había escuchado que llegando a la ciudad se encontraba trabajo rápido. No pasabas ni un día en la calle. Marlenne creía que era demasiado surrealista. Nada podía ser tan perfecto. Pero necesitaba que así fuera, ya que no tenía suficiente dinero siquiera para pasar la noche en un alojamiento. ¿Cómo encontraría trabajo antes de que anocheciera? No sabía dónde ir ni cómo buscar. Saliendo del terminal dispuesta a recorrer la ciudad en busca de soluciones, un grupo de taxistas la detuvo.

-No deberías andar sola por aquí. Si caminas un poco más allá te pueden hacer algo.

Marlenne pudo ver un dejo de preocupación genuina en sus rostros. Le fue fácil darse cuenta de que se veía perdida y vulnerable. No era de la zona y se notaba. La desorientación y el miedo la delataban; era una presa fácil.

Le tomó unos pocos minutos de conversación con ellos para estar segura que no tenían malas intenciones. Trataron de ayudarla a orientarse, le preguntaron qué necesitaba y le hablaron de un trabajo.

-Yo conozco un lugar. Una residencia. La dirige una señora de unos 50 años. Ella vive ahí con su hijo y su madre, una persona mayor. Está cerca de la Plaza Prat.

Los taxistas la acompañaron hasta la residencia, y llegando le dieron el trabajo de inmediato. Se encargaría del aseo de la casa y podría quedarse en una de las habitaciones. Se sentía dichosa. Realmente había logrado encontrar un trabajo en su primer día en Chile.

Pero esa dicha duraría menos de lo esperado.

...

Llevaba una semana en la residencia y los días se hacían cada vez más difíciles. Había escuchado hablar del hijo de la señora encargada como “el niño”. Al menos así era cómo todos lo

trataban. El niño, sin embargo, resultó ser un hombre. Un adulto al que tenía que atender llevando las comidas y aseando su habitación. Desde que llegó, el hombre no había dejado de hostigarla: la miraba constantemente, intentaba tocarla y aprovechaba cada segundo que se encontraban solos para tratar de propasarse.

Su futuro en Chile, que hacía una semana se veía brillante y esperanzador, parecía cada vez más oscuro y aterrador. Estaba decepcionada y, sobre todo, tenía miedo.

Cada noche sin falta, el hombre intentaba entrar a su habitación forcejeando la puerta. Ella la mantenía con llave, pero se quedaba intranquila. La dueña del lugar ignoraba el actuar de su hijo aunque viera lo que sucedía. Y para Marlenne, irse del lugar no era una opción. Necesitaba juntar dinero para enviarle a sus hijos y planear cuándo podría traerlos a Chile.

Una vez más, estaba atrapada.

Así pasó otra semana, angustiada y cerca de la desesperación. El hombre no había dejado de acosarla y aún no le habían pagado por sus semanas de trabajo como le habían prometido. Y ese sábado de su segunda semana de trabajo, cuando le tocaba hacer aseo en toda la casa residencial, todo explotó.

Estaba limpiando el cuarto del comedor cuando él entró. Ella estaba sin zapatos para no ensuciar a medida que avanzaba con el aseo. Estaban solos, y su cuerpo se tensó casi al instante.

-¿Por qué no has querido estar conmigo? Yo he estado con todas las que vienen de tu país. Te puedo pagar 10 mil pesos todas las semanas.

Marlenne sintió asco.

-He venido a trabajar y a salir adelante. No voy a pasar por esto. Me voy a ir.

Pero sin previo aviso el hombre se lanzó sobre ella y comenzó a tocarla. No supo cómo lo hizo. Él era mucho más grande que ella. Sacó fuerzas desde lo más profundo de sí misma y lo empujó sobre una de las mesas de la sala. Hubo un gran estruendo, y ella corrió lo más rápido que pudo.

Huyó de la residencia descalza, dejando atrás lo poco que tenía. La noche estaba cayendo y ella solo corría, con la rabia y frustración inundándola. Llegó hasta la Plaza Prat, sintiendo que todo estaba perdido. Los transeúntes la miraban; sola, desarreglada y desorientada; pero no le importó. Simplemente se recostó en una banca, recibiendo la noche.

El mañana era un misterio, y esta noche estaba en la calle. Pero había llegado demasiado lejos para rendirse. Y pese a todo lo que había pasado, podía sentirse orgullosa de algo: aún nadie había logrado vencerla.

...

2022: EL FIN

Todo parecía muy lejano: el maltrato, las carencias, el sacrificio.

Es jueves, y Marlenne trabaja en su escritorio. No es tan grande como el de un oficinista, pero sí más amplio que una mesa de colegio. Está instalado en un rincón de su casa, detrás de la cocina y antes del comedor. Sobre él, su computador conecta con una impresora que tiene papeles y carpetas por todas partes. Cajas de mascarillas rosadas esparcidas sobre su espacio de trabajo revelan que la pandemia aún se hace presente. Y en el centro de Iquique, con su negocio prosperando, Marlenne trabaja tranquilamente.

Es su casa, su negocio y su oficina. Su casa, donde vive con su esposo y su familia; su negocio, que él y sus hijos atienden mientras ella está dentro; y su oficina, donde trabaja como única representante del Consulado de Ecuador en Iquique. Después de 23 años en Chile, había encontrado la forma de aplicar su conocimiento y experiencia en ayuda de sus compatriotas

migrantes. A lo largo de los años creó una Corporación de Colectividades, de la cuál ahora era presidenta de la comunidad ecuatoriana. Ayudaba a otros ecuatorianos en Chile a hacer los trámites y obtener sus documentos. Casi siempre gratis, aunque, por temas financieros, había comenzado a pedir aportes para costear las hojas y la tinta de la impresora. Su tiempo, sin embargo, era donado.

Cuando logró traerse a sus hijos desde Ecuador, ya no eran niños. Le costó años establecerse lo suficiente para ofrecerles una vida en Chile. Cuando llegaron, el mayor cumplía 19; el segundo 16. Sólo el menor seguía teniendo ese pequeño dejo de niñez antes de la adolescencia. Pero hoy ya eran adultos, y Marlenne no podía evitar sino sentirse completa.

En 23 años, se había enamorado nuevamente. Tenía su propia casa y llevaba 10 años de relación con su pareja, un chileno que la había acompañado a través de todo. Sus hijos, al igual que ella, formaron una vida en Chile. Incluso le dieron dos nietos a los que adoraba.

Marlenne había salido adelante. Y, finalmente, todo estaba bien.

El camino del migrante se trata, como muchos otros caminos de la vida, del sacrificio versus la recompensa. La esperanza se encuentra en el resultado. Cuando todo sale bien, suele decirse que valió la pena. Marlenne, en su trabajo voluntario, era testigo de casos de éxito y fracaso cada día. Pero, a diferencia de las millones nuevas de historias que han llegado los últimos años, ella tiene el regalo de la perspectiva que sólo podía obtenerse con el tiempo. Y cuando cuenta su historia, puede ver un final claro.

Pero que un camino sea exitoso no significa que no deje huellas. Y por muchos intentos que se hagan por dejar el pasado en el pasado, hay espinas demasiado profundas para sacarlas.

Uno de los momentos más oscuros de su vida se encuentra en la parte más emblemática de su ciudad. Bajo la Torre del Reloj, frente al Paseo Baquedano, miles de personas pasan cada día por su banca.

Han pasado 23 años, pero ese recuerdo se siente fresco en su memoria cada vez que cruza la plaza. La banca se mantiene de pie, sosteniendo su dolor y su fuerza. ¿Cuántas mujeres habrán experimentado lo mismo? La sangre le hierve y aún siente pena. Nunca consiguió justicia por esa noche, y sabía que jamás lo haría. Pero las cosas se pagan de una u otra forma. Tanto lo bueno como lo malo. Al menos así había sido para ella.

-Dios me ha bendecido.

La banca se mantiene de pie. Pero ella también.

CAPÍTULO IV: EL AMOR TAMBIÉN MIGRA

En los últimos años, ha quedado en evidencia que América Latina y el Caribe sufre una profunda crisis de desplazamiento humano. Mientras la migración hacia fuera del continente decae, la movilidad interna continúa con un alza indiscutida. Millones de personas han optado por migrar, por cualquier ruta y método, en busca de mejores condiciones para formar su futuro dentro de la región. La necesidad -y también la obligación- han difuminado las fronteras del continente; que no ha logrado construir una solución conjunta para afrontarlo; dejando a los países solos, con respuestas insuficientes y como responsables individuales de sus consecuencias.

Ante fenómenos como este, que desde la comodidad de la distancia nos parecen ajenos, tendemos a buscar respuestas y explicaciones lógicas. Nos aferramos a números y hechos para entender los contextos y buscamos razones que nos parezcan sensatas para los porqués. Y las hay. Por un lado, la cercanía geográfica siempre ha jugado un rol para explicar el fenómeno migratorio en Chile. El desplazamiento humano entre Perú, Chile y Bolivia el intercambio comercial entre naciones sino que ha sido fundamental en la formación cultural e histórica de la zona norte. Actualmente, podemos decir con certeza que ese flujo migratorio común aumentó de forma explosiva. Mientras en 2017 ingresaron irregularmente a Chile 2.905 personas, esa cifra aumentó a 56.586 en 2021.

Este repentino interés también podría ser explicado por otros hechos objetivos. Por ejemplo, la imagen de institucionalidad robusta, estabilidad política y crecimiento económico que Chile ha tratado de proyectar desde la vuelta a la democracia en 1990 versus la precaria situación económica, política y social de algunas zonas de la región, como Venezuela. Casi medio millón de venezolanos vive hoy en Chile, lo que representa el 41% de toda la población migrante del país.

Podemos buscar y encontrar razones lógicas para cada fenómeno. En este caso, no sólo hay sino que sobran. Sin embargo, la migración es más que un conjunto de factores racionales

que detonan una acción específica. La migración es, sobre cualquier otra cosa, una experiencia humana.

Teniendo la oportunidad de profundizar en la particularidad, se encuentran puntos comunes en las diferentes experiencias migratorias con el uso de palabras tan fuertes como “esperanza” y “supervivencia”. Migrar es una decisión cargada no solo de contextos políticos, económicos y sociales, sino también personales y familiares. Es una decisión que se toma también emocionalmente, y así se vive en la experiencia física de desplazarse de un lugar a otro. El camino del migrante se construye tanto de contextos sociales como sensoriales. Internos y externos.

Elegir verlo solo con lentes racionales y cuantitativos es elegir sólo una mitad de su realidad.

¿Qué pasa en la vida emocional de una persona migrante? Con los niños que pasan frío y hambre con la promesa de un futuro que aún no logran comprender del todo. Una familia que cruza un continente no puede ser la misma cuando parte que cuando llega. Hay huellas físicas y reconocibles del viaje migratorio, pero también hay otras más íntimas y profundas. ¿En qué se convierten los lazos afectivos atacados por la necesidad y la desesperación desde todos los frentes? Está comprobado que, en tiempos de crisis, algunos vínculos se fortalecen. Otros se quiebran. Quizás juegan un rol en esto las grietas estructurales. Volvemos al contexto personal y familiar que carga sobre una decisión como esta. Podemos encontrar lógica en los motivos y un panorama general sobre sus resultados, pero no hay estadísticas que hablen sobre migración en base a los afectos. Sobre lo que puede ocurrir en el camino o en qué estado se llega a la línea de meta. Si una familia se construye o se deshace y cómo se reconstruye a partir de eso.

Una cosa es clara: todos queremos ser quien sale inmune de la batalla. Pero no hay forma de cuantificar los finales felices.

Esta es una historia sobre una mujer y sus afectos.

Ya lo habían hecho antes, eso de migrar. Al final todo siempre se resolvía para ellos.

No tenía porqué dudar ahora.

Iba a echar de menos Perú. No tanto por el país, que siendo honesta nunca le gustó mucho, sino por lo que pudieron construir juntos en él. La habitación ampliada en el segundo piso de una casa familiar en la que se habían establecido estos últimos cuatro años no era un espacio grande, pero sí más que suficiente para una familia de cinco. El hogar estaba decorado con sus propias cosas, las dos niñas estaban bien en la escuela e incluso habían tenido un nuevo bebé; su primer niño. El dinero no sobraba, nunca lo había hecho, pero tampoco faltaba. Disfrutaba la comodidad de tener su espacio, estar con sus hijos e ir al mercado antes de cocinar el almuerzo. Esa estabilidad simple a la que siempre estuvo acostumbrada, la misma que perdieron en Venezuela, fue la razón por la que llegaron a Perú. La seguridad en su país se había convertido en una incertidumbre, y sin dinero y sin trabajo la decisión de irse no fue difícil. Se lo tomaron de forma racional. Pero esta vez era distinto.

Lo supo apenas contestó su llamada, en esa conversación que lo cambió todo. En sus palabras no había espacio para inquietudes.

-María, vende todo. Te voy a ir a buscar.

Jairo se hizo cargo, como siempre. No le dió muchos detalles de la logística, y ella tampoco se los pidió. Fue un acto de confianza por parte de ambos, igual que cuando salieron de Venezuela. Ese viaje, sin embargo, había sido con más dinero en la mano, en avión y con menos prisa. Pero ella entendía que la situación era otra.

-En Perú no haré nada. No tengo trabajo. Vámonos a Chile, mi trabajo está en Santiago.

-Bueno, vámonos a Chile.

Jairo era un hombre de certezas. Le había dado esa seguridad de hogar durante todo su matrimonio. Cuando quedó embarazada, con apenas 19 años, él se encargó de que tuvieran una casa donde casarse y vivir juntos. Cuando Venezuela entró en crisis, se fue a Perú a trabajar y establecerse antes de que ella lo siguiera. Cuando el dinero faltó en Lima, partió a laborar a Santiago. Sacrificó meses lejos de ella, de los niños y la casa, para poder enviarles dinero. Era un hombre trabajador y atento. Se enamoró de él por esas cualidades, y las seguía viendo después de 13 años. Pero sabía que la soledad no era buena para él. Y aunque siempre pensó que eventualmente volvería con su familia, no que la familia partiría con él, lo más importante era estar juntos de nuevo.

No fue difícil venderlo todo. Su casa de segundo piso quedó vacía. Soltaron todo lo que tenían para partir y empezar de nuevo, intoxicados con la idea de reconstruirse. Dios sabía que lo necesitaban. Jairo se reunió con ellos, y juntos; esposo y esposa, hijas e hijo; dejaron atrás el Perú en un bus clandestino ese jueves 14 de octubre.

Llegar a Bolivia fue sencillo, pero su ansiedad comenzó a escalar a medida que se acercaban al enorme desierto que tenían por delante. Era un camino largo a pie. Ya se lo había advertido a los niños. Pero al menos no corrían el riesgo de perderse como lo habrían hecho de andar solos. Los coyotes se encargarían de dejarlos en la frontera por Pisiga y pasar a buscarlos en Colchane. Tenían autos en ambos países listos para moverlos por grupos. Había que evitar a las policías, así la instrucción fue clara: esperarían la noche. Se moverían como contrabando por el desierto, en la oscuridad. Cruzarían la zanja, quién sabe cómo, con los niños y los bolsos al hombro. Aún les quedaban horas esperando bajo el frío del altiplano, pero cuando el cielo se iluminara y vieran el sol otra vez, estarían en Chile y todo habría terminado.

Todo recién comenzaba.

...

La oscuridad era densa. Aún más de lo que habían imaginado. Estaban sentados en pequeñas sillas, esperando su turno.

Los trucheros habían cambiado de opinión. Esperarían la madrugada.

-No esta noche, no con los niños. Cruzarán en la mañana.

Los llevaron a una casa de espera. Cuerpos extraños se abultaban en el piso de tierra de una cabaña desértica. Sus niños estaban envueltos en frazadas dobles mientras ella buscaba abrigo entre su equipaje para cubrirlos. Los temblores dominaban sus pequeños cuerpos, y con la poca luz que le permitía la noche, veía el rostro sollozante de su hija menor. Hacía demasiado frío.

Fue la primera vez que deseó volver a su casa.

No sería la última.

Le dijo a Jairo que no podía quedarse ahí. Los niños llorando de frío, sin comida ni electricidad, sin poder ir solas al baño por miedo a los hombres extraños que habitaban la oscuridad de esa sala de espera clandestina. Él trataba de calmarla, decía que iba a solucionarlo. Su inseguridad crecía mientras la noche avanzaba. No supo cuánto dinero extra tuvo que pagar, pero Jairo logró que los dejaran cruzar esa noche. No preguntó, ni le interesó, solo quería irse de ese lugar lo antes posible. Se unieron a otros que también esperaban y tomaron el primer bus en el que los coyotes los dejarían en el paso. El cruce sería una caminata de media hora tratando de evitar un peaje. Aún estaban en territorio boliviano cuando los detuvo un policía. Las intenciones del grupo eran claras como el agua, aún bajo la luz tenue de la luna creciente, y si querían cruzar la frontera debían entregar lo poco que quedaba en sus bolsillos.

Al menos era un problema de rápida solución.

Los coyotes dieron el sí. El auto los esperaba en Colchane. Los guías les advirtieron mantener el paso si querían evitar los carros militares. El niño iba pegado a ella, envuelto en

mantas en su pecho. Jairo a su espalda, cargando el equipaje, y las niñas justo al frente, al alcance de sus manos.

Sin nada que perder, comenzaron a caminar.

...

Caminar por la noche desértica era como se imaginaba estar ciego. Y cuando eventualmente todo desapareció, y el grupo a su alrededor se disolvió dejándoles sin guía ni dirección, María supo que estaban a la deriva. Marchando sobre la oscuridad, sin otro destino más que adelante, llegaron a la zanja. La profundidad, como todo, desaparecía bajo el manto nocturno. Pero cuando cayó de rodillas en su fondo con el niño en brazos, esperando el golpe del maicillo, encontró un colchón de arena que le recordó a la playa.

Desde la zanja, Isla Margarita parecía ser otra vida. Crecer con el mar azul del Caribe a sus pies no la había preparado para imaginar el frío seco y penetrante del desierto pampino. Toda su vida en Venezuela parecía pertenecer a otra persona. ¿A dónde fueron esos días de verano en que los jóvenes del continente enamoraban a las hermosas isleñas? En algún lugar del camino había quedado ese sentimiento de empatía y expectativa que sintió al conocer al hombre que cargaba en unos cuantos bolsos lo que quedaba de sus vidas. Gracias a Dios por Jairo. Siempre lo había dado todo por el hogar que construyeron juntos. Ni siquiera la escasez lo detuvo, era capaz de todo por cuidar de su familia. No era su culpa haber llegado hasta ese fondo arenoso, caminando a tientas hacia la nada.

Pero, ¿qué pensaría María, enamorada por primera vez a los 18 años, si la viera en esa zanja? ¿Admiraría el sacrificio que estaba haciendo por su familia? ¿Por su matrimonio? ¿Sentiría vergüenza de verse a sí misma en ese lugar? ¿De no haberse ido antes? ¿Compartiría sus dudas o la condenaría por ellas, ávida de seguir al hombre que amaba a todas partes con la fé ciega de la juventud?

¿La arena del desierto también le recordaría la playa?

No pudo ver los rostros de quienes la recogieron del fondo y la ayudaron a subir nuevamente. La adrenalina y el frío serían un analgésico suficiente para olvidar el dolor del brazo con el que amortiguó a su pequeño de la caída. Sentiría el golpe en la mañana. Ahora tocaba seguir caminando.

No supo cuándo las perdió de vista. Fue de un segundo a otro. La inmensidad del desierto se tragaba sus gritos desesperados, ahogando sus nombres en el vacío. Intentaba ahondar en la noche, como deseando que la angustia de pronto le hubiera dado el poder de cortar la oscuridad con sus ojos. Pero fue en vano. María seguía gritando y su estómago se convirtió en plomo.

Las niñas habían desaparecido.

¿Fueron segundos, minutos u horas? El sentido del tiempo había desaparecido y la asfixia iba en aumento cuando sus pies tocaron una avenida. Corriendo, llorando, encontró de pie a un coyote.

-¡Se perdieron mis niñas!- gritó. ¡Se las llevaron! ¡Tienen doce y siete años! ¡Se las llevaron!

-Cálmese. Las niñas deben estar esperando por donde llega el carro. Allá.

Y entonces lo vio. Le pasó el niño a Jairo y se echó a correr. El auto ya se iba, partiendo su camino por la avenida oscura, y ella, tropezando y volviendo a levantarse, tras él. Sabía que estaban ahí. Tenía que alcanzarlo como fuera. Le sangraban las rodillas. El corazón saldría de su pecho en cualquier segundo, corriendo por la carretera y tratando de no perderlas de vista. No importaba nada, tenía que llegar a ellas. Se abalanzó contra el auto como pudo y abrió las puertas. Dentro, sus hijas lloraban.

María respiró de nuevo.

-¡No podíamos ver nada!

-¡¿Por qué se perdieron?!

-¡Pensamos que no nos íbamos a ver más!

Se abrazaron todo el camino de vuelta. Ni siquiera se dieron cuenta que ya estaban en Chile. Mientras admiraba la noche desértica por la ventana del auto que los acercaba al pueblo de Colchane, con sus hijos y su esposo de vuelta a su lado, todo el terror, el cansancio y el frío se transformaron otra vez en esperanza.

Era 16 de octubre de 2021, y estaba lista para dejarlo todo atrás.

Nunca pensó que él no.

...

Iquique los recibió a la medianoche, en un furtivo terminal en calle Esmeralda donde los buses clandestinos arriban tranquilamente para dejar a sus polizones a la deriva. Con los hoteles copados y sin muchas opciones, esperaron en la acera que Jairo les consiguiera un lugar para dormir. La noche primaveral de octubre se aferraba al frío invernal con dientes y garras, difícil de soportar con colchas improvisadas sobre el cemento despiadado de la calle. El pequeño dormía en sus brazos, abrazando el calor de su cuerpo sin moverse. Sus hijas, sin embargo, no tenían la misma suerte.

-Mami, me quiero ir. Yo me quiero ir. No quiero estar así.

-No te preocupes, hija. Ya va a pasar. Ya vamos a llegar a una casa.

-Mami, quiero una cama.

Así esperaron la mañana. Con el cansancio pesando sobre el cuerpo y la angustia en la garganta.

Una madre, un bebé y dos niñas en el suelo. Esa fue la escena que el joven debe haber visto desde su camioneta. María no supo quién era, a quién esperaba ni porqué estaba estacionado a la mitad de la noche frente a un terminal clandestino de migrantes indocumentados. Cuando llegó frente a ella con jugos, galletas y yogurt, no supo ni preguntó nada. Sólo lo agradeció. Y cuando Jairo volvió sin éxito de su odisea por encontrar techo, encontró a su familia comiendo en el piso. La interrogación fue instantánea.

-¿Quién te dio esa comida?

Ella se inquietó con la expresión de su rostro.

-El muchacho de la camioneta -respondió.

-¿Cuál?

Algo en su mirada le era desagradablemente familiar, y la insistencia en su voz tenía un dejo de curiosidad maliciosa. ¿Era acusación?

María indicó con el dedo.

-Aquel. El de la esquina.

Él no dijo nada más. No era necesario. Partió a paso firme hacia la camioneta, con María mirando desde fuera con una sensación en el estómago que nada tenía que ver con el hambre. Jairo se acercó al joven, con una sola pregunta y sin titubeos.

-¿Sabes de algún hotel donde podamos pasar la noche?

María tomó aire como quien acaba de sacar la cabeza del agua.

...

Cuando la mañana llegó a la ciudad gloriosa, y el sol comenzó a calentar el cemento de la calle donde la familia había pasado la noche, María se levantó para conseguir desayuno junto a la mayor de sus hijas. Qué difícil era creer que Gabriela, con sólo doce años, podía abarcar tanta historia. Su fortaleza era sorprendente. Apenas se había quejado durante los horribles días de viaje que habían soportado. Había atestiguado, a una edad muy temprana, los sacrificios del amor, las vueltas y caídas de la vida.

Porque Gabriela era, al fin y al cabo, el comienzo de sus vidas.

Gabriela era, también, el fin de su juventud.

Jairo nunca fue un hombre dado al romanticismo. Su encanto estaba en su esfuerzo; su trabajo duro. Aún así los primeros meses de noviazgo fueron como cualquier otro, llenos de complicidad, escapadas al cine y salidas con largas conversaciones sobre la vida. Qué es el amor a los 18 años sino un sinfín de expectativas. Las expectativas, sin embargo, se transformaron rápidamente en realidad cuando Gabriela llegó al mundo.

María estudiaba administración de empresas. Tenía amigas, buenas notas y un trabajo en una tienda. Pero estaba enamorada, y lo dejó todo por ser madre y esposa. Con apenas 19 años, el tiempo para el romance y las amistades adolescentes había terminado. Mientras su marido trabajaba para mantener a su nueva familia, ella se encerró en su nueva realidad. Intentó volver al mundo laboral alguna vez, pero en cada intento Jairo insistía que no era necesario. Era mejor que se quedara con la niña. Con lo que él ganaba les alcanzaba.

Así se transformó en una perfecta y eficiente ama de casa. Y él, a cambio, era un padre cariñoso y un marido atento. Eran felices. Y 12 años después, con lo mucho que habían cambiado sus vidas, podía ver a Gabriela a su lado, a través de todo.

Su desayuno tuvo impedimentos cuando escuchó que el local donde estaban esperando comprar estaba pidiendo el pase de movilidad. Era 2021, plena pandemia del COVID-19, y pese a que las medidas restrictivas más duras estaban desapareciendo de a poco, demostrar las vacunas se había vuelto imprescindible para cosas tan sencillas como ingresar a un comercio establecido. Estaban pensando qué hacer cuando Jairo apareció por sus espaldas, dirigiéndose a María.

-¿Por qué te demoras tanto?

-Es que están pidiendo pase de movilidad para entrar a comprar. ¿Dónde están las cosas? ¿Dejaste solos a los niños?

-Ah sí... ¿Tú crees que yo soy pendejo?

La pregunta la descolocó.

-¿Crees que no vi que te bajaste de esa camioneta?

No pudo decir nada. La palabra “pendejo” le pesaba más que la ridícula acusación que acababa de oír. Era la primera vez que le hablaba de esa forma. Aún después de todo lo que había pasado. Pese a todos sus problemas, nunca antes le había hablado con groserías.

Ese tono de agresión, sutil pero latente, era un punto de inflexión. Pero ella aún no lo sabía.

Gabriela rompió el silencio.

-Papá, ¿estás loco? Estamos buscando la comida.

Jairo tenía la mirada puesta en María, sin reacción. Pero Gabriela insistió.

-¿Cómo vas a decir eso? No estamos con nadie más.

Otro silencio.

-¡No conocemos a ninguna persona aquí!

-¡Gabriela! -reaccionó el padre finalmente- Tú no sabes nada de lo que estamos hablando.

Ella lo miró desafiante, pero con los ojos llenos de lágrimas.

-Claro que sí sé, papi. Soy grande. Sé lo que le estás diciendo a mi mamá.

Jairo se fue, dejando a la madre y a la hija con el peso del silencio. Cuando la confrontación se diluyó lo suficiente para ignorarla y fingir que nada había pasado, la familia se reencontró sin desayuno pero con un rayo de luz a través de una ventana que a cada minuto parecía más rota. Lo habían oído en la fila; se corría la voz entre todos quienes estaban en necesidad de lo mismo. Podían comer y partir en bus hacia Santiago, gratis.

-Hay una Iglesia donde nos pueden ayudar.

...

Cuando la parroquia San José ofrece almuerzo solidario al mediodía los sábados, los asistentes esperan con platos en mano que sus puertas se abran. Aprovechando los pequeños cuadrados de pasto frente a su entrada principal para disfrutar del sol iquiqueño. Sin embargo, cuando María y su familia se enfrentaron a su gran puerta de madera, solo buscaban un boleto de salida.

Aún sin una cama donde caer, se anotaron en la lista del siguiente bus con destino a Santiago, que saldría dentro de tres a cuatro días. Para la familia, la capital era sinónimo de techo y abrigo. Jairo tenía un trabajo y una vida a la que podían llegar. En Iquique no había más que calle.

Tenían algo que esperar. Sólo debían sobrevivir.

Se acomodaron con unos cartones. No había espacio en la iglesia para sacarlos de la calle. María pidió frazadas para acolchar y cobijar a los niños, las colocó en el suelo y se sentó junto a ellos en un bloque de cemento. No eran la única familia durmiendo a los pies de la parroquia, y pronto la multitud migrante se convirtió en espectáculo para unos muchachos que, estacionados frente a la parroquia, contemplaban las carpas y frazadas en el piso con sus parlantes encendidos.

Jairo marchó hacia ella otra vez.

-Ya te vinieron a buscar.

-¿Quién me va a venir a buscar?

-¿Tú crees que no sé que ese carro que llegó ahí te está esperando?

Jairo siempre se lo había dado todo. Era un padre presente y un esposo preocupado. Pero sentada en ese bloque de cemento, escuchando las acusaciones fantasiosas de su marido, el filtro con el que miraba su relación había cambiado. Y aquellas cosas a las que no le había tomado la suficiente atención antes estaban comenzando a aparecer frente a ella bajo un reflector que ya no podía ignorar.

No pensaba en él como un mal hombre. Al contrario. Era un perfecto jefe de familia, cariñoso y proveedor. Los consentía y trabajaba duro por ellos. Aún cuando se quedó sin trabajo en Venezuela, Jairo se las arreglaba. No sólo traía el pan sino que siempre llegaba a casa con un presente. Jamás levantó la voz, mucho menos la mano. Eran completamente normales y felices.

Pero siempre había sido celoso. Muy celoso. Discutían porque Jairo salía de fiesta con sus amigos después del trabajo. Encerrada en casa, cada vez más lejos de sus propias amistades y atrapada en su rol de esposa, María lo veía disfrutar de la juventud a la que renunció por él. Y si bien era cierto que nunca ganó tanto dinero como él, su aprensión a que María trabajara tenía menos que ver con la salud financiera del hogar y más con el hecho de que le gustaba tenerla siempre al alcance de sus ojos.

Le gustaba tener el control. Y sin darse cuenta, ella se acostumbró a esa dinámica.

-Mami, papá está loco. No sé qué le pasa.

-Déjalo tranquilo, hija. No hay nada que hacerle.

...

María había hecho su mayor esfuerzo por tragarse sus palabras, esperando paciente que Jairo abandonara esa paranoia absurda en algún punto del trayecto. Esa esperanza era, en gran parte, la razón de este viaje en primer lugar. Se suponía que Chile era la tierra prometida donde podrían comenzar de nuevo. Pero la distancia era una culpable tangible; una excusa cómoda y no por eso falsa. Sin ella para apuntar con el dedo por sus problemas, su paciencia caía en picada con la misma rapidez con la que aumentaba su frustración.

Con otra noche encima, el hambre y el miedo se mezclaron con la imagen de sus hijos somnolientos sobre el hormigón sucio y frío de la calle. Llevándola a repetir en su cabeza, como una película sin fin, los meses que la llevaron a la puerta de esa Iglesia, lejos de todo lo que alguna vez consideró seguro.

Comenzó con una foto. No fue más que una mala coincidencia.

Por esas cosas de la vida, María no tenía teléfono. Y en ese tiempo de desconexión, ingresó su correo electrónico a la tablet de Gabriela. Así llegó la primera evidencia, de la peor forma posible. La foto de la mujer en ropa interior, acostada en la cama.

Gabriela estaba haciendo la tarea cuando la vio.

No había sido a propósito, pero el teléfono de Jairo, que también funcionaba con el correo de María, estaba sincronizado con la tablet. Compartían la misma nube. Y si él guardaba fotos o documentos en ella desde Chile, ellos podían verlo en Perú. Cuando Gabriela le mostró la foto, María lo supo de inmediato.

-Debe ser un virus, hija. Al aparato se le metió un virus.

Mintió para proteger los sentimientos de su hija, pero no estaba segura de haber sido muy convincente. Cuando Jairo la llamó esa noche, le contestó seria. Aguantando las ganas de explotar con todas sus fuerzas, se mantuvo compuesta analizando cada palabra en busca de información. El cambio en su tono puso nervioso a Jairo. Quiso saber si le pasaba algo.

-Siento que me estás tratando mal.

-¿Hiciste algo para que te trate mal?

Silencio.

-¿Te llamó alguien?

-¿Quién me tiene que llamar?

Silencio.

Cuando al fin confesó, lo hizo por partes. Dijo que le había escrito a una mujer por Facebook. Habían hablado un poco, intercambiando mensajes. Que solo había sido para distraerse.

La mujer era una amiga de María.

Le preguntó por la foto, pero Jairo negó que fuera suya. Dijo que la había sacado *de por ahí*. María le dijo que era un cínico y un poco hombre; que si le iba a decir la verdad se la dijera completa. Él insistía en preguntar si alguien la había llamado. Decía que había gente mala que quería hacerle daño a su familia. Que no tenía que confiar en ellos.

-Ya sé que no puedo confiar en ti.

Las cosas no volvieron a ser como antes, aunque María trató de superar el percance de la foto. Jairo era, pese a todo, su esposo y el padre de sus hijos. Y lo amaba. Quería perdonarlo y seguir adelante, confiar en él por sobre cualquier cosa.

De ser por ella, lo habrían logrado.

...

Jairo siempre llamaba para saludar en las noches. Una conversación diaria que duraba máximo 20 minutos. Su trabajo comenzaba temprano, así que era un ritual corto principalmente centrado en mantener contacto con las niñas y ponerse al día.

Lo era hasta esa pelea. Ahí se convirtió en la primera señal de peligro.

El saludo a los niños se convirtió en un trámite que buscaba pasar lo más rápido posible, pidiéndoles que pusieran a la mamá al teléfono. Jairo pasó de hablar minutos a horas, preguntando por su día y su rutina. Y si cortaba el teléfono a las 11 de la noche, sonaba otra vez durante la madrugada.

-¿Qué pasa? ¿Por qué estás llamando a esta hora? ¿Pasó algo?

-Nada, es que no puedo dormir.

-¿No tienes que trabajar mañana? Yo sí tengo sueño.

-Ah. Es que ya no me quieres.

Cuando la noche dejó de ser suficiente para Jairo, comenzó a llamar durante el día. Quería saber qué estaba haciendo. Dónde estaba. Con quién. Una llamada al día se convirtió en una cada hora, y los días se convirtieron en semanas. Comenzó a exigir fotos como evidencia, y sus conversaciones se convirtieron en interrogatorios repetitivos alimentados por su paranoia. El cuestionamiento era constante. A veces, saturada de su obsesión y sus celos, le gritaba al teléfono que tenía otra pareja. Que estaba viendo a un hombre a sus espaldas y lo estaba engañando. Otras, agobiada de la situación y al límite del colapso, le juraba fidelidad tratando de darle calma. No importaba. Jairo era sordo ante todo lo que no fuera su propia voz acusatoria. Y María descubrió que cuando los hombres tratan de ocultar su propia culpa, buscan la forma de victimizarse.

Nunca dijo una mala palabra en su contra frente a los niños. No quería que sus problemas los afectaran. Por ellos, estaba dispuesta a aguantar las humillaciones. No supo hasta tiempo después lo mucho que les estaba salpicando.

Pasarían meses antes de que Gabriela le mostrara los mensajes, Jairo exigiendo que le mandara capturas de pantalla de las conversaciones de WhatsApp de María. De su historial de llamadas, de la ropa que se puso ese día. Gabriela le contestaba inocente, sin entender sus preguntas. ¿Por qué a papá le importaba cuánto se demoró mamá en el mercado? ¿Dónde más iba a dormir mamá sino en casa con ellos? Lo entendió todo, claramente, mucho después de que ocurrió.

Y le dolió. Pero no tanto como a María.

...

Cuando la grieta entre ellos cedió, estalló de tal forma que fue imposible de reconstruir.

-¡Me tienes desesperada! Quiero que desaparezcas de mi vista. ¿De verdad crees que si tuviera a alguien aquí en Iquique tendría a mis hijos en esta situación? ¿En la calle? Si tuviera una persona no me hubiera importado dejarte. Me hubiera ido con mis hijos, no los haría pasar calamidades. Si estoy aquí es por ti. Tú nos hiciste venir hasta acá.

Llevaba tres días fuera de la Iglesia, durmiendo a los pies de la casa de Dios. El bus a Santiago no daba señales de aparecer pronto, y sentada en un trozo de hormigón, soportando los comentarios y acusaciones de su esposo por milésima vez, María, finalmente, se desmoronó.

-¿No te duele ver a tus hijos de este modo? Que tus hijas estén llorando por un lugar donde acostarse, o bañarse, o comer... ¿Es que tú estás loco? Me tienes cansada. No sé si irme o quedarme. ¡No sé qué hacer! No sé qué hacer...

-Tú no tienes que hacer nada. Yo me voy.

Aprovechando el silencio que rebotaba tras sus palabras, Jairo comenzó a recoger sus cosas en calma con los niños observando desde su pequeño campamento de la calle. En su sentencia no había ira ni descontrol alguno, sino una tranquilidad desoladora.

-Quédate, porque tienes una pareja. Alguien te está esperando. Por eso me voy.

María no creía lo que estaba pasando. Jairo había caído preso de sus propios delirios tan profundamente que creía con absoluta certeza cada cosa que decía. Era como si viviera en una película, en una historia basada en nada más que sí mismo. La paranoia de la que cruzó países huyendo se tragó cualquier racionamiento entre ellos. Y María sabía que aunque nada de eso era real, no tenía forma de demostrar que no lo era.

La menor de sus hijas lloraba.

-Papá, me quiero ir contigo.

-Isabel, voy a volver por ti. Tranquila. Tú mamá se quedará contigo ahora.

-Pero yo me quiero quedar contigo.

Isabel había sido siempre la adoración de su padre. Con apenas 7 años, era quien mantenía la relación más cercana a él. El bebé entendía muy poco, y Gabriela entendía demasiado. Pero Isabel estaba en el punto medio ideal que creaba el tipo de lazo prístino que solo puede sentir una niña por su padre. En la despedida le rogó que no la dejara, y él le juró que su separación no sería por mucho. Gabriela, en cambio, no dijo nada. A ella la había perdido hacía mucho tiempo.

El sol del crepúsculo anunciaba la noche, y con sus pocas pertenencias al hombro y una perturbadora serenidad, Jairo se dirigió a María.

-Bueno, sé que vas a ser feliz. Yo no voy a ser infeliz por mis hijos. Tengo que ser feliz.

Sin entender nada, María observó a su esposo alejarse por el pavimento hasta desaparecer. Isabel aún lloraba sobre su colchón de cajas de cartón, rechazando cualquier intento de consuelo. Sus gritos casi lograban ahogar su llanto desesperado; se quería ir con él. Quería ir con su papá.

Pero Jairo se fue sin mirar atrás.

-¡Tú fuiste la que botó a mi papá! - gritaba.- ¡Es tu culpa! ¡Es tu culpa!

Sola y adormecida, María se sentó en el pedazo de hormigón para ver caer la noche. Los niños se acostaron con sus pocas mantas, y los minutos de pronto se hicieron horas. El punto en

el que la silueta de Jairo había desaparecido era lentamente consumido por la oscuridad, pero ella lo miraba fijo.

-Tranquila, hija. Ya va a volver cuando se le pase la molestia.

Los campamentos improvisados se reinstalaron a su lado para enfrentar la noche. Nunca la primavera se había sentido tan fría. Hombres y autos extraños se paseaban frente a sus ojos, que ahora parecían ser más susceptibles a percibir el peligro. Si existía la magia o eran reales los milagros, pensó, que alguno de ellos la devolviera a Perú. Ahora.

Las lágrimas le caían por las mejillas. No supo en qué momento vio salir el sol. El tiempo ya no era real. La calle de a poco comenzó a cobrar vida, y el último lugar donde vio a su esposo seguía allí. Vacío.

...

Ese día lo lloró completo; a la intemperie y en el cemento a la entrada de la Iglesia. Ya no tenía nada por lo que llegar a Santiago ni donde regresar en Perú, y no había nada que la hiciera creer que la calle sería más amable en otra ciudad. Se levantó como un cuerpo sin vida, funcionando en piloto automático. La Iglesia le prestó el baño para lavarse y limpiar a los niños, e Isabel aún lloraba la partida de su padre. María se tragaba el sentimiento de culpa cada vez que debía consolarla.

El poco dinero que tenía se había ido en los bolsillos de Jairo. Y aunque guardaba la genuina esperanza de verlo volver, pensar en lo atadas que estaban sus manos le generaba una desesperación que la consumía.

Gabriela la esperaba fuera de la iglesia, de pie frente a una mujer alta y morena. Tenía más o menos la edad de María, y su acento conocido delataba que eran compatriotas. Gabriela le había caído en gracia; preguntó si tenían hambre, que dónde pasaron la noche, cuántos eran. Si estaban solos.

-Hay una casa de unas monjas, unas pocas cuadras más arriba por calle Esmeralda. Yo llegué la primera vez en busca de comida, porque te dan almuerzo y desayuno. Si quieres te llevo para que las conozcas. Yo viví con ellas un tiempo. No reciben hombres en el hogar.

Las monjas franciscanas los recibieron de forma amable. Vivían en una casona de dos pisos, antigua y un poco oscura, y les sirvieron almuerzo en una larga mesa rectangular bajo la gran figura de una virgen. Todos los días, las hermanas cocinaban y abrían sus puertas silenciosamente para quien quisiera pasar por un plato de comida. En su hogar vivían mujeres migrantes con hijos, repartidas por familia entre las piezas. Las mujeres se repartían las tareas de limpieza y entre todas ayudaban con los niños. Un pequeño patio daba hacia la cocina, y la capilla, oculta tras el comedor, estaba siempre disponible para quien la necesitara.

Le ofrecieron a María un lugar para pasar la noche. Dispusieron para ella una habitación en el segundo piso. Una cama, un baño y un plato caliente de comida para sus niños. La única condición, dijeron, es que en el hogar no se aceptan hombres.

...

Esa noche las niñas corrieron y jugaron, arropándose entre las sábanas. Isabel saltaba entre emociones, sin saber cómo enfrentar la pena de la ausencia y la felicidad de su cama. Por momentos lloraba de alegría, sonriendo ante la idea de darse una ducha y dormir. En otros lloraba por Jairo, preguntando dónde estaba.

María entendía tan poco como el primer día. Y repasaba los detalles en círculos buscando respuestas.

Jairo era su esposo, que trabajaba en Chile. Ella criaba a sus hijos en Perú, pero ya no vivía ahí porque Jairo la hizo dejar su departamento y acompañarlo a Chile. Jairo la había acusado de engañarlo, pero él le había sido infiel. Ella lo había perdonado, pero él la condenó por las cosas que imaginó y que ella nunca hizo.

Jairo era su esposo; celoso y dominante pero cariñoso y atento. Jairo era el padre de sus hijos, por los que trabajó días y noches para construir un hogar.

Jairo los había abandonado en la calle de un país ajeno, sin dinero ni un trozo de pan y en la situación más vulnerable posible. Y ahora estaba haciendo dormir a sus hijos en la casa de unas monjas, dulces pero desconocidas, a más de cinco mil kilómetros del lugar donde se enamoró de él.

Quizás realmente había enloquecido. Le hicieron alguna brujería que lo hizo perder el sentido de sí mismo o consumió alguna sustancia extraña y los cables de su cerebro hicieron cortocircuito. Pero él nunca había sido un hombre de vicios como esos, y María no se podía imaginar quién o qué podría hacer un vudú tan potente.

Quizás simplemente ya no los amaba.

Pero alguien en la iglesia le diría dónde estaban, y lo vería volver con el rabo entre las piernas en cualquier momento. En eso pensaba, mirando por la ventana una nueva madrugada la esquina desde donde lo vería llegar.

En eso pensaba. Hasta que vio las mantas moverse.

El pedacito de cama que ocupaba el pequeño cuerpo de Miguel se movía de un lado a otro sin detenerse. María se levantó a verlo, lista para mecerlo hasta que se durmiera otra vez. Pero los ojos de Miguel no se abrían, y María sintió helar su sangre de pies a cabeza. Corrió por la frazada más gruesa que encontró y lo envolvió como a un esquimal, cubriéndolo con su propio cuerpo para bajar las convulsiones. Aterrada, lo sostuvo en sus brazos lo más fuerte que pudo hasta sentir que su cuerpo se calmaba. Trató nuevamente de despertarlo sin éxito, y cuando vio el primer rayo de luz abriendo la mañana, corrió con él en sus brazos en busca de ayuda.

Los días de octubre a la intemperie los expuso a los extremos del norte de Chile. El intenso y directo sol iquiqueño se mezcló con el frío despiadado de la noche, la vaguada costera y el desierto. La desregulación de la temperatura del pequeño Miguel, de solo dos años, alcanzó un punto crítico durante su primera noche en una cama verdadera. El médico dijo que sus convulsiones fueron a causa de una prolongada hipotermia.

-Señora, ¿qué ha hecho con este niño?

Esa mañana, Miguel caminó y sonrió más vivo que nunca; disfrutando el calor de hogar que le habían arrebatado tan temprano en su vida y completamente ignorante del terror y la culpa en los ojos de su madre. Pero los días siguieron avanzando, y con sus hijos claramente seguros y sanos, María salió del estado de supervivencia que le fue impuesto por la calle lo suficiente para tomarle el peso a su nueva realidad.

Apenas comiendo o durmiendo, pasó de la extrema alerta a caminar por la casa como un muerto con el espíritu andando. Sombra de lo que alguna vez fue, junto al ventanal de la escalera, mirando la calle. A ratos imaginaba que escucharía su voz en la puerta de entrada preguntando por ella. Que llamaría su nombre. Pero algo en su interior se lo dijo: él ya no está acá.

No quería aceptarlo, pero ya era inevitable

Jairo no iba a volver.

...

-Aquí no hay amor. Nunca lo hubo. Fue como una fachada.

Las hermanas le dieron dos meses para ponerse de pie. Dos meses para conseguir trabajo, hacer la autodenuncia, encontrar un hogar permanente. Eran generosas hasta donde podían serlo. Necesitaban mantener rotando las habitaciones. Las mujeres en su situación eran más de las hubiese imaginado.

Y María lo intentó. Realmente lo intentó. Contra todo pronóstico llegó a Santiago, decidida a conseguir en Chile la vida que Jairo le había arrebatado. Arrendó un pequeño departamento en Recoleta, se puso en contacto con su madre y logró traerla con ella para reunir a su familia. Juntas dejaron los pies en la calle buscando trabajo, pero la vida en la capital era demasiado cara y mucho más cruel de lo que ambas esperaban. En la gran ciudad, la estabilidad que buscaban era inalcanzable.

Él jamás volvió a buscarla, pero los rumores cruzan fronteras. Pasaron más de 6 meses antes de volver a oír de él. Un amigo le envió una página de Facebook. Un nombre que jamás había oído pero un rostro que habría podido reconocer en cualquier parte. Jairo aparecía con una buena camisa, de pie frente a la cámara. De su cuello colgaban cadenas de plata y en su cara se dibujaba una sonrisa. Había vuelto a Lima y estaba viviendo con una mujer que le era desconocida. Una nueva pareja, en un nuevo hogar. En otra foto salía abrazando a un niño de unos 7 años.

El hijo de ella.

María asumió la derrota al llegar el invierno. Llevaba 8 meses sola en Chile, y Santiago no había sido más que un fracaso. Sin lugar dónde volver a casa, las monjas la recibieron de vuelta en Iquique; otra vez con una cama y un plato caliente. Pero le dieron los mismos 2 meses

A veces extrañaba la comodidad de estar con él. ¿Sería la costumbre? Más que curar su pena, el tiempo transformó su tristeza en odio. Si lo viera no tendría palabras. Pensar en él con su nueva familia era un cuchillo en su espalda y su corazón.

La traición a sus hijos era imperdonable.

La pequeña Isabel lloró todo ese día de junio en el que sus compañeros de clase recortaron cartulinas por el día del padre. Gabriela renegaba completamente de él, esperando que el teléfono nunca sonara con su voz desde la otra línea. Miguel ni siquiera lo recordaría en un par de años.

Volvió al hogar de las hermanas a fines de julio, con la decepción dibujada en el rostro y una sensación de derrota que amenazaba con aplastarla ante cualquier paso en falso. Y agosto llegó aún sin documentos. Sin trabajo ni un techo propio.

Agosto llegó, aún sin saber cómo hacerlo pagar por el daño que les hizo.

El tiempo se le acaba, y María no puede ver el final de la historia.

El tiempo se le acaba, y cada día es una lucha por no derrumbarse.

CAPÍTULO V: LO QUE SE PIERDE, LO QUE SE GANA

El llamado “duelo migratorio” es un proceso de pérdidas. Comienza en la partida, en el momento que se decide dar inicio al viaje. Porque en el camino del migrante se van perdiendo cosas. Es una especie de peaje invisible; una apuesta donde lo sueltas todo esperando que el resultado sea flotar y no hundirte. A veces termina en éxito, avanza hacia la adaptación y moviliza lo mejor de sus condiciones. En otras, los resultados no compensan la inversión; material, emocional o física. Pero todos los procesos son distintos.

¿Qué ocurre con un duelo migratorio que no logra salir adelante? Cuando en el existir entre dos países; con dos lealtades, comunidades y culturas; se pierde más de lo que gana. Después de todo ese sacrificio. Cuando se traza una línea geográfica para delimitar el pasado y, en lugar de cruzarla, te estancas en ella. ¿Qué pasa con las pérdidas intangibles? Aquello de ti mismo que queda en el camino de forma irre recuperable. Esta es solo una de muchas formas de dejarlo todo atrás en el viaje migratorio.

La pérdida más notoria es la material. Son ropa, juguetes y objetos perdidos que están a la deriva en el mundo, olvidados en el camino de la búsqueda de oportunidades o arrastrados por las olas de vuelta a las playas. La correlación entre el aumento en la basura fronteriza y las detenciones en cruces no habilitados en el estado limítrofe de Arizona, Estados Unidos, se convirtió en una nueva arista en el discurso antiinmigrante. Basura que, para muchos que sí logran cruzar la muralla, representa todo lo que alguna vez tuvieron.

Hay otras pérdidas que son aún más inmensurables.

En Chile, el trayecto por los pasos irregulares por la frontera norte incluye condiciones extremas situadas a más de 4 mil metros de altura. Es un trayecto que le costó la vida a 42 personas entre 2016 y 2022. El Desierto de Atacama y la región altiplánica es un camino de alto riesgo; repleto de zonas inhóspitas, minas olvidadas, quebradas oscuras y noches de temperaturas bajo el grado cero. Estas condiciones fueron causantes de más de la mitad de los

fallecimientos registrados en los últimos 7 años. Una zona que acumula el 60% de las muertes de migrantes irregulares en Chile y cuya víctima más joven tenía sólo 6 meses de edad.

La muerte es el caso más extremo, uno de las pérdidas más viscerales que ocurren tanto a nivel interno como externo. Otras son menos visibles; ocultas en lo profundo de la individualidad de un fenómeno que es macro. Tienen también que ver con las condiciones del camino; los obstáculos encontrados y cuánto de ti mismo dejas en él. Con los recursos, todo tipo de recursos, con los que se cuentan para comenzar el viaje. Y también con la suerte.

La suerte en el camino es un factor fundamental y muchas veces obviado, pero no extraño de oír sobre un viaje migratorio. “Tuve suerte” es una afirmación de alivio que se refiere a un recorrido que no fue tan duro como pudo haber sido realmente. Sobre no haber sido víctimas de aquello de lo que fueron testigos o de no haber sido testigos de aquello que les fue advertido. Se refiere que, pese a todo, se logró llegar a la meta. Y que aunque lo perdimos todo, no perdimos nada irrecuperable.

Pero con tanto riesgo, tantos factores azarosos y pérdidas obligadas, ¿por qué, entonces, apostar todo? La respuesta es casi siempre la misma: porque no hay más opciones. Y porque si la apuesta es exitosa, en la línea de meta -el primer respiro de vuelta en la superficie- se termina por compensar el sacrificio del intermedio.

Esta historia es sobre una mujer que apostó.

VENEZUELA

Era sábado 3 de julio de 2021, y Ángeles llevaba dos meses repartiendo su currículum. Saliendo cada mañana a buscar qué hacer con su vida.

Tenía apenas 18 años, pero ya se sentía como una carga para su madre. Cada día esperaba llamadas que jamás llegaban, insistiendo sin éxito y cada vez más impaciente. La situación se estaba volviendo insostenible, y su falta de empleo hacía estallar los problemas entre su madre y su nuevo esposo.

-Tu hija es mayor de edad y no busca trabajo. Y yo estoy criando a una niña que ni siquiera es mía.

La sensación de culpa era inevitable. Quería ser un apoyo en lugar de un problema, hacer cosas tan simples como comprarle juguetes a sus hermanos pequeños. No pasaba nada. Simplemente no había trabajo. Cargaba encima la presión por crecer sin oportunidades reales para hacerlo. Y no le quedaban opciones. Tenía que irse, ahora o nunca.

Sólo se lo dijo a su madre. Sin dinero para pasajes o siquiera para llegar a un terminal, su viaje comenzaría en la puerta de su casa y no quería preocupar a nadie más de lo necesario. Cinco personas, conocidos de su barrio, la acompañarían en su viaje con destino a Lima; un padre joven, vecino de su madre, con una niña, y una pareja de veinteañeros, conocidos de alguna que otra fiesta, con su pequeña bebé. En sus brazos, el bolso que durante su adolescencia la había acompañado a todas partes estaba hasta el tope de ropa para enfrentar el camino.

Su madre le rogó que se quedara. Pero su decisión estaba tomada.

-No te vayas. Vas a encontrar trabajo. Imagínate si te llega a suceder algo allá afuera, o que a mí me pase algo. Ninguna de las dos va a estar cerca de la otra. No te vayas. Me vas a dejar sola.

-No te voy a dejar sola.

Era sábado 3 de julio de 2021 cuando Ángeles se despidió de su madre. Como una niña, dio sus primeros pasos en solitario, pero no veía su salida como un escape. Su destino real era su lugar de origen. Pero para volver a casa algún día, primero tenía que partir.

-Si no me voy hoy, no me iré nunca.

COLOMBIA

Los comentarios de los grupos viajeros coincidían que Colombia era uno de los cruces más temidos. El plan para cruzar era simple: llegar lo más rápido posible a Ecuador. Pero sin dinero para acelerar el paso en bus, estaban esclavizados a la velocidad de sus pies.

De su grupo, Ángeles conocía al muchacho. Por un tiempo había sido novio de su prima. Era muy delgado y parecía que sus pantalones estaban siempre al borde de caerse. Su piel morena hacía contraste con las manchas bajo sus ojos y se hacía amigo de cualquiera que pudiera regalarle un trago. A su novia, que era una muchacha mayor que él, la conocía de forma indirecta. La niña era hija solo de ella, y hace tiempo de vuelta en Venezuela Ángeles había salido con el que era su padre. Más allá de un par de palabras, la muchacha evitó todo contacto con ella a menos que fuera estrictamente necesario, siempre con un dejo de amargura. Con el muchacho no había problema, siempre que estuviera sobrio. Bastaba una cerveza para que comenzara a insultar a quien se le cruzara, y sus interminables peleas de pareja solían retrasar el viaje. Pero el grupo, simplemente, había optado por ignorarlos.

Al vecino y a la hija los conocía más que a los demás. La niña tenía 12 años; había perdido a su madre hace un tiempo y estaba sola con su padre. Pasaban juntas casi todo el día. Aún con sólo 6 años de diferencia entre ellas, Ángeles era lo más cercano que tenía a una figura materna en la incertidumbre del camino. La acompañaba al baño y la niña se acomodaba junto a ella en las noches. No le importaba. Sabía que era mejor tenerla cerca y a la vista. La calle no era un lugar para niños.

Jamás iba sola a ninguna parte. El semblante de las personas alrededor era suficiente para desalentarla. Buscar comida, baños o refugio no eran una opción para testear su nueva independencia. El mar de caminantes, con sus cuchillos en mano listos para defenderse, la hacía pensar cuál entre ellos podía perder la cordura en cualquier momento. Pasaban la mayoría de las noches en la calle, durmiendo a la intemperie. Y sólo la presencia de otros hombres lograba alejar a aquellos que veían su pelo pintado de rubio y su metro cincuenta y cinco de estatura como una presa fácil.

No eran el grupo ideal pero la mantenían a salvo. Se apoyaban mutuamente en lo peor del recorrido. Experiencias así debían unir a la gente. Y aunque eran desconocidos cercanos, para bien o para mal, cada uno tenía dentro suyo un pedazo de sus raíces.

-No me voy a separar de ustedes.

Así cruzaron, juntos y solos, el largo camino por Colombia. Pasó poco más de una semana, con paso firme y seguro. Su próxima frontera se veía cada vez más cerca. Al menos, hasta que recibió ese mensaje.

-Princesa, pásame a buscar a Cali. Me voy a devolver a Perú. Quiero ir contigo.

Habían pasado dos años, pero su hermano mayor finalmente volvía.

...

La posesión más preciada de Ángeles era su teléfono. Era lo que, sagradamente, la mantenía en contacto con su madre y sus hermanos menores. No obstante, antes de que esa fuera la composición de su hogar y su vida, *familia* significaba algo distinto.

En el inicio, eran ella, su madre, su padre y Christopher. Pero Ángeles tenía 3 años cuando ese círculo de origen, la primera nomenclatura familiar que conoció, se quebró. La

separación de sus padres, aún así, no significó su desaparición. Sino la creación de diferentes ramas. Su padre se mudó a otro distrito. Formó una nueva familia. Nunca dejó de estar presente para ella. A veces, cuando tenía alguna pelea adolescente con su madre, tomaba el mismo bolso con el que había partido de Venezuela y se iba con él unos días. En su casa tenía otros dos hermanitos.

A él no le dijo que se iba. Su plan era que cuando se enterara fuera muy tarde para detenerla. Y así fue.

-¿Dónde estás?

-En Cali.

-¿Qué haces tan lejos?

-Me quise ir. No aguantaba más la situación, papá.

-¡Te hubieras venido para acá! ¡Yo habría ido a buscarte!

-Eso es lo que no quería. Papá, tengo 18 años. Y sé que no es mucho pero ya tengo que buscar qué hacer conmigo.

Había esperado esa llamada. Pero no por eso era más fácil. No quería preocuparlo. Era un hombre de clase trabajadora, mecánico, y siempre enviaba dinero a casa sin falta. O al menos así era antes de la crisis. Antes de que ella cumpliera los 18 años. Y era el turno de Ángeles de sostener a sus familias.

-Yo te apoyo en todo lo que decidas, hija. Pero te me cuidas.

Tenía un lazo especial con su madre. Con ella pasó la mayor parte de su infancia. Discutían, como lo hacen las madres y las hijas, pero sus peleas casi siempre tenían que ver con

sus esposos. Pero aún en sus peores momentos, hablaban casi todos los días. Incluso desde la calle.

Como su padre, su madre también había rehecho su vida tras el divorcio. Como él, coincidentemente, tuvo dos niños más. Con 13, 12, 5 y 1 años, sus cuatro nuevos hermanitos eran la otra gran parte de su vida. Parte de las ganas por encontrar algo mejor. Pero nadie era como Christopher.

Christopher fue el primero, el mayor y el más doloroso.

Crecieron con dos años de diferencia. Como hermano y hermana, las peleas nunca faltaron. Pero la complicidad siempre fue más fuerte. Necesitarse era inevitable. Y ahora, una vez más, se necesitaban.

No habían dejado de hablar en sus dos años de ausencia, pero el día que lo perdió marcó su vida con una cicatriz a fuego. Tras una vida juntos, escuchar su voz a través del teléfono no era suficiente. El tiempo con él antes de todo no había sido suficiente.

Fue el primer esposo de su madre después del divorcio. El padre del mayor de sus nuevos hermanos. Era 2017, y la hiperinflación en el país se había disparado. Ese fue el año que Ángeles cumplió 15, y que Christopher fue enviado a la cárcel por un robo cometido junto a su padrastro.

El esposo de su madre se fue después de eso. Jamás volvieron a saber de él, ninguno de ellos. Desapareció de la faz de la tierra, mientras que su único hermano de sangre, el compañero de su vida, cumplía condena por ambos. Trataban de visitarlo los domingos sin falta, pero el tenerlo a cinco horas lejos de casa no siempre les era posible.

A Ángeles, el mundo se le vino abajo.

Fue sentenciado a un año y tres meses, y salió libre con apenas 18 años. Saltó entre las casas de sus padres sin rumbo. Todos veían que ya no era el mismo. Las drogas lo habían

consumido, y la relación con su madre se había vuelto insoportable. Un día, sin saber qué más hacer, ella decidió echarlo y enviarlo de vuelta con su padre. Él decidió que era momento de irse.

Salió de Venezuela, solo, y nunca volvió a ninguna de sus casas.

De eso habían pasado dos años. Dos años que ahora, finalmente, se terminaban.

No era exactamente como volver a casa, pero era lo más cercano para ambos.

...

Llevaban tres días durmiendo en el suelo de un terminal de buses, esperando el momento para cruzar a Ecuador. No importaba. La alegría de Ángeles era infinita. Y con Christopher a su lado se sentía más segura.

Ocurrió en la madrugada, su última noche antes de partir a la frontera. A falta de baños disponibles, Ángeles se levantó a buscar un lugar donde orinar cuando un auto llegó por detrás y le lanzó un par de monedas.

-Chica, toma.

Eso fue todo. Volvió donde su hermano y le mostró el dinero. Él no dijo nada, y ambos siguieron durmiendo. El auto, sin embargo, la siguió.

-¡Chica! Pero ven, chica. Ya te di las monedas, ahora mótate en el carro y vámonos.

El hombre del auto comenzó a gritarle cosas. Le insistía en que se fuera con él en el coche. Christopher se levantó a hacerle frente con un cuchillo en sus manos.

Ángeles tuvo que intervenir para que la discusión no pasara de palabras. Luego de intercambiarse amenazas con Christopher, el hombre del auto se marchó. Ella no le dio más

importancia. Conocía bien a hombres como ese. Era la tercera situación de acoso de la que debía escapar en solo dos semanas de viaje. Había una razón por la que evitaba siempre quedarse sola.

Pero Christopher no lo entendió.

-Tú le recibiste las monedas a ese tipo. Te estaba pidiendo *eso*, y tú se lo ibas a dar.

Su traición fue un choque inesperado. Pelear y gritar con él después de la ilusión del reencuentro; tenerlo frente a ella no protegiéndola, sino acusándola, tras años de separación, fue desgarrador. Él le gritaba que había recibido las monedas. No había forma de hacerle entender.

Esa mañana, en el silencio doloroso de la tensión, cruzaron la frontera. Y por esa misma carretera en la que Colombia, finalmente, quedaba en el pasado, Christopher se fue sin despedirse.

Ángeles esperó que volviera, pero no lo hizo. En su bolso, ahora roto y descosido, veía abandonados los documentos de su hermano. Su ropa se había reducido a lo puesto. En su bolso solo quedaban una cobija y un par de artículos personales. El resto había quedado abandonado en el trayecto, dejado atrás como en un largo y disperso camino de migajas con el cual podrían haberla rastreado.

Christopher, al parecer, también había quedado atrás.

Lo esperó y lo buscó todo lo que pudo, pero el grupo debía seguir. Subieron a un camioncito que les daría un aventón, todo el viaje pendiente a si lo veía por el camino. Y así fue.

Iba caminando por la carretera. Ángeles lo llamó desde la parte trasera del camión con el grupo en voces unidas. Entre todos intentaban llamar su atención a gritos, rogándole al chofer que se detuviese. Pero él nunca bajó la velocidad, y su hermano no volteó al oír su nombre.

El camión siguió su camino, inclemente. Y al pasar por su lado, ella notó en medio de sus gritos que Christopher no usaba audifonos.

Segura de que su hermano había decidido ignorarla, Ángeles entró a Ecuador. Vacía.

ECUADOR

-Por favor, nos avisan si ven a este chico por Ecuador. Estamos con su hermana. Lo está buscando.

Llegaron a un refugio que les daría dinero para continuar con el viaje y un lugar donde dormir por una semana. El encargado era un chico atento; publicó la foto de Christopher en un grupo de migrantes viajeros para ayudarla a encontrarlo a través de Facebook. Christopher sabía que ella aún lo esperaba, pero Ángeles no sabía si él pensaba en volver o si ella podría esperarlo. Así que le confió los documentos de su hermano; esperando que en algún momento sus caminos se juntasen.

Habían pasado casi tres semanas, pero el viaje la había agotado. Venezuela ya estaba muy lejos, Christopher se había ido y ella se sentía más sola que nunca.

...

Lo conoció cuando chocaron en la escalera. Iban en sentido contrario, ella subiendo y él bajando. Cargaba en sus manos cosas que llevaba a una habitación del primer piso, y cuando cayeron al piso ella sólo supo reírse.

-Bueno. Yo no lo voy a recoger.

Él se rió. Con su broma bien recibida, Ángeles se fue a su habitación. Pero más tarde, cuando ella bajaba mientras él subía, decidió quedarse a conversar en esa misma escalera.

Su nombre era Albert. Era venezolano como ella, pero no estaba viviendo en el refugio. Trabajaba ahí hace cinco meses ayudando a la dueña. También había llegado migrando. Era respetuoso y amable, pero su primera impresión fue amistosa. Albert también era bastante mayor que ella. Y esa primera conversación fue, más que nada, sobre dinero. El refugio les otorgaba 100 dólares de ayuda y ansiaba tenerlos en su bolsillo lo antes posible. Le dijo que no quería seguir buscando comida en la Iglesia, pero él le dio tranquilidad de que sería pronto.

Ángeles recibió el dinero esa misma noche.

Los 100 dólares los acercaría bastante a la frontera, y ya estaban arreglando todo para continuar el viaje. Tenían una semana, pero el grupo estaba listo. Todos, excepto el vecino. Algo había pasado con el monto prometido, y era lo único que faltaba para tomar el bus e irse. Ella se acercó a él para ayudarlo a resolver el problema, pero fue recibida con una indiferencia y molestia poco habitual.

-¡Yo veo cómo resuelvo esto con mi hija! ¡No te metas en mis asuntos!

-Pero dime. Para no decirle a mi mamá que me fui en autobús y los dejé aquí como si nada.

-¡No te metas en esto!

Ella no quiso ahondar en la pelea y el grupo decidió dejarlo así. Tenían una semana antes de tener que salir del refugio, y Ángeles necesitaba, más que nada, arreglar su bolso.

...

De Colombia había salido con lo puesto, pero en Ecuador le habían regalado ropa. Su bolso, sin embargo, estaba roto e inutilizable. El viaje se había llevado lo mejor de él. Y sin nada en mano para arreglarlo, fue donde la única persona que conocía.

-Albert, ¿tienes algo para coser mi bolso? Se me dañó y no puedo usarlo.

-Tengo, pero en mi casa.

Ella lo acompañó por hilo y aguja. Ese fue el comienzo. En su casa, Albert le preguntó si podrían ir a otro lado, y Ángeles no tuvo problema en decirle que sí. Sentados en una plaza comiendo un helado hablaron de la vida. Hablaron de sus familias y de sus viajes y de todo lo que pudieran hablar. Y entre tantas cosas, él le contó que se conocieron antes de ese choque en la escalera.

-Tú venías bajando las escaleras y llevabas un vestido, como en las películas. Yo te quedé viendo, y tú a mí.

Ángeles no podía recordarlo. Pero nunca olvidaría esa primera cita.

Luego de esa tarde comenzaron a pasar más tiempo juntos. Albert le llevaba comida al refugio, la invitaba a salir y le regalaba detalles. Ángeles ya no se sentía tan sola. Pero mientras más crecían las atenciones de Albert, también lo hacía la indiferencia de su vecino.

La del dinero había sido su primera gran pelea en lo que iba del viaje. En general, siempre habían sido un frente unido. Pero pese a la cercanía que Ángeles tenía con la niña, había hecho un esfuerzo para mantener distancia con el padre en lo que llevaban de camino. Él preguntaba su opinión constantemente y se le acercaba con cualquier excusa; había una cantidad excesiva de atención hacia ella que le parecía extraña. Evitaba quedarse sola con él todo el tiempo, se apegaba a la niña o a veces al muchacho y sabía que todo el grupo había notado ya sus intenciones. Pero se lo tomaban como una broma. Especialmente cuando se le acercaba un hombre.

-¡El Negro se va a poner celoso!

Cuando llegaron al refugio, el encargado se dio cuenta que el vecino con su hija dormirían en la pieza junto a Ángeles; un salón grande dividido en dos y unido por un baño; pero algo no le gustó. La cambió de habitación enseguida, enviándola al segundo piso.

Haciéndola bajar y subir las escaleras.

...

Cuando el día de dejar el refugio llegó, supo que la chispa que había sentido con Albert era real. Tomó su bolso, lista para irse. Y él la siguió.

-Me voy contigo.

-Pero, ¿en serio?

-Sí. Me voy contigo a Lima.

Y así fue.

Se le pegó en el camino y la siguió como si nada, respondiendo a una chispa y una sensación en su estómago.

Se le pegó en el camino y ella lo dejó. No sabía por qué.

...

Estaban en un hotel, aún en Ecuador. No habían cruzado la frontera y ya no tenían nada que comer.

-Ahorita vengo.

Mucho después, Albert volvió emocionado. Le decía que irían a comer, a comer en serio. No a pedir, sino a comprar. Irían a un restaurante, juntos. Ángeles miró sus bolsillos.

-¿Dónde está tu teléfono?

-Lo vendí. Por 50 dólares. ¡Ya vamos a comer!

Iban camino a Perú, y Albert había hecho lo posible para que Ángeles no caminara. Le consiguió comida, y si tuvo que pedir no dejó que ella también lo hiciera. Buscaba solución para cualquiera de sus problemas. Se sacrificó en todas las formas que pudo. Lo había dado todo, y cuando aún cuando no le quedaba nada vendió lo último que tenía. Por ella.

Se le había pegado en el camino, y ahora estaba enamorada de él.

Estaban juntos y no fue por lógica. Fue amor.

PERÚ

Llevaba seis semanas de caminatas, buses y sacrificios, pero finalmente había llegado. Los pies de Ángeles pisaron Lima, con su grupo y un nuevo amor a su lado.

Lo habían logrado, pero el viaje apenas empezaba.

...

El grupo alquiló una habitación donde poder dormir viviendo juntos más por necesidad que por deseo. Estaban en un hospedaje, repartidos los siete dentro de una pieza.

Fue su primer hogar en Perú. Y no duró. Los problemas y la indiferencia aumentaron con el pasar de los días, el vecino aún parecía molesto con la presencia de Albert y los vicios del muchacho generaban tensiones de dinero además de los problemas habituales.

-Dame los soles que te di el otro día. Hay que comprar comida.

-No. Es la plata para mis tragos.

-Pero vamos a hacer una comida. Es para comprar unos tomates y papas. Dámela y después te consigues para tu vicio. No es nada del otro mundo.

-No me voy a quedar sin mis tragos por darte la plata a ti.

Una semana después, Albert tenía un trabajo fuera y volvía a casa para almorzar cuando encontró a Ángeles llorando en la habitación.

-¿Qué pasa?

-¡Es que me quiero ir de aquí! Ya no aguanto más. Me quiero ir. Me quiero ir, me quiero ir, me quiero ir...

Era una tarde de sábado, y él la llevó a caminar por Lima para aclarar su cabeza. Recorrieron las calles de su nueva ciudad hasta encontrar un hotel donde quedarse esa noche. Era tiempo de tener un lugar para ellos, y nunca volvieron a la habitación hacinada.

Era un terreno baldío de cuatro paredes; una página en blanco donde llegar a trazar líneas de vida. No importaba si dormían en el piso sin nada más que sus bolsos para llenar el espacio: un hogar se construye de a poco.

Albert tenía un conocido que les regaló una cocina, y al par de semanas ya tenían colchón. El resto lo fueron consiguiendo en el mercado, de a gotas, hasta tener un poco de todo. Era la primera semana de septiembre; con una relación que estaba segura valía cualquier pena. Vería llegar la primavera en una habitación propia, junto a un hombre que no había hecho más que cuidarla y quererla desde el día en que se conocieron.

Hace solo dos meses había dejado Venezuela, y ahora su vida estaba en Lima.

Era la primera semana de septiembre, y Ángeles estaba embarazada.

...

Algunas cosas que se pierden encuentran el camino de vuelta.

Habían pasado meses sin saber de Christopher, y el recuerdo de Colombia aún estaba presente. La persona que la hacía sentir segura la abandonó a la deriva en un país ajeno. Su partida no había dejado nada más que angustia, y sin embargo no hubiera podido odiarlo aún con todas sus fuerzas.

Christopher estaba en Lima, y quería otra oportunidad para su reencuentro.

El alivio y la felicidad de tener a su hermano en frente una vez más opacó el dolor que había dejado su ausencia. Cualquier aspereza existente entre ambos se suavizó al instante, y lo que sucedió en Colombia era parte del pasado. Como muchas otras cosas, su pelea quedó en el camino y no volvieron a tocar el tema. No era necesario. Había cosas más importantes de hablar. Y no sólo con él.

Tenía la ecografía en sus manos, era hora de contarle. Tomó una fotografía y apretó *enviar*.

-Mamá, estoy embarazada. Vas a ser abuela.

Recibió un audio de vuelta. Los primeros 10 segundos fueron sólo silencio.

-¿Pero cómo que estás embarazada, Ángeles? ¿Esto fuiste a hacer a otro país? ¿Salir embarazada y comprometida? Si estuvieras aquí no hubiera pasado nada de esto...

Así continuó por tres minutos, digiriendo la noticia en voz alta y viendo la foto. Para Ángeles no fue fácil de escuchar, sin embargo algo ocurrió hacia el fin del audio. La dureza de sus palabras se suavizaron, su tono fue cambiando con el pasar de los segundos y, cuando terminó de asimilar la noticia, en su voz había un dejo de felicidad imposible de esconder.

-Hija, me vas a hacer abuela.

...

Luego de abandonar la habitación hacinada esa tarde, Ángeles dejó atrás al muchacho vicioso y la indiferencia de la mujer amargada. Nunca pudo superar esa distancia ni construir cercanía en base a la vida que alguna vez compartieron. No volvió a escuchar sus peleas, ni supo si alguna de las constantes amenazas de terminar se había realizado. Tampoco le importó. No lo necesitaba.

Comenzó a trabajar cuidando a la niña durante las tardes, pero al vecino lo ignoraba la mayoría del tiempo. Sus celos contra Albert habían empeorado desde Ecuador. Aprovechaba cualquier oportunidad para hablar mal de él y extendía sus visitas más de lo debido, rechazaba que Ángeles fuera a dejarle la niña a su casa y sabía a qué hora volvía Albert del trabajo. Era molesto, pero nada salía de lo normal.

Al menos, no hasta que él bebía.

-Yo te ayudé a llegar a Lima. Tú deberías pagarme con tu cuerpo.

-Señor, ¿usted está hablando en serio?

-Yo quería algo contigo pero como vi que llegaste ahora con esposo ya no se puede. Y tú deberías pagarme con tu cuerpo.

Ángeles había optado por no prestarle atención. No tenía ganas de discutir ni de que Albert lo hiciera por ella. Ambos habían decidido que no eran más que palabras de un borracho. Pero un par de días después Ángeles fue a cobrar su sueldo. El vecino venía de vuelta del mercado y había estado tomando, así que conversaron en la calle. Le debía tres semanas por haber cuidado a la niña. Y cuando se lo dijo, la situación escaló rápidamente.

-¡Tú me estás insultando!

-No estoy haciendo más que cobrar el dinero que me corresponde. Son 150 soles. Yo no te mandé a no pagarme en semanas y que se te acumulara mi sueldo.

-¡Pero tú no entiendes que no tengo dinero!

-Estás tomando, ¿y me dices que no tienes dinero? Yo veo que sí lo tienes. Además, tienes trabajo.

-¡Es que tú no sabes por lo que uno pasa!

El vecino tomó una piedra para lanzársela. Pasó tan rápido que Ángeles no vio más que cuando la tenía en las manos. Cuatro personas que iban pasando lo agarraron para frenarlo, y Ángeles sintió que se desmayaba. En ese momento se dio cuenta que la niña, presenciando todo, estaba mirándola desde el suelo. Se veía alarmada y parecía estar ahogándose, así que se acercó para ayudarla. El vecino, aún con la gente a su alrededor, le gritaba que no la tocara y que se alejara de su hija. La niña se volteó hacia Ángeles.

-¿Por qué le haces esto a mi papá?!

-¿Pero qué fue lo que le hice?

-¡Le estás cobrando dinero!

-Pero es que me debe. Yo trabajo, y me debe.

-¿Por qué le hiciste esto?!

El grupo, finalmente, se quebró por completo. Tres días después vio al vecino y a la niña desde su ventana, caminando por la calle con destino a Chile. Se fueron, y nunca más tuvo contacto con ellos ni con nadie. Caminaron juntos, y ella pensaba que esas experiencias unen a las personas.

Otras, al parecer, solo quedan en el camino.

...

La noticia de su embarazo los había tomado por sorpresa a todos, pero la emoción de ambos por formar una familia y compartir sus vidas era inmensurable. Es cierto que ella era joven y estaba lejos de casa. Ángeles aún no entraba en sus veinte y Albert llevaba la mitad de sus treintas. Y aunque su padre se puso feliz cuando le dijo, para su sorpresa, sí había visto venir la reacción de su madre. La conocía como si la hubiese parido. Sabía que estaba asustada de que no fuera capaz de hacerlo; que aún la veía como una niña callejera y extrovertida. La idea de ser abuela la ilusionaba, pero seguía preocupada por el futuro.

Tenía seis meses de embarazo, y se había enterado que tendría una niña.

-Hija, tu tío está en Santiago. Él tuvo a su hijo allá, dice que la salud es muy buena. En Chile tienen de todo. Hija, estás embarazada. Deberías darle una mejor vida a tu hija. Una de calidad.

Su plan había sido siempre llegar hasta Perú, pero esa decisión la había tomado antes. Antes de Albert y antes de su embarazo. Sus planes habían dado un vuelco de 180 grados desde Venezuela. Quizás era hora de actualizarlos.

Christopher estaba en Santiago. Cuando regresó con ella le dijo que quería cambiar, dejar las drogas. Comenzar de nuevo. Se fue hacia Chile junto al vecino y la niña, a quienes, como ella, conocía de antes. Por suerte no sabía de la discusión entre ellos. Era mejor que así fuera, la ignorancia lo mantendría al margen y no haría nada de lo que ambos pudieran lamentarse. Además, con Christopher en el país y Albert a su lado, el momento de decidirse era ahora.

-¿Vamos a tomar la decisión de irnos para Chile?

-Sí, flaca. Vamos a ver. La bebé aún no nace, y allá le podemos dar otra calidad de vida.

-Perfecto. Nos vamos a Chile.

Vendieron todas sus cosas. Todo lo que habían logrado juntar para construir su hogar en aquella habitación, lo cambiaron por una oportunidad de reconstruirlo en Chile. En su emoción de convertirse en madre, Ángeles había ocupado el poco dinero que tenían en comprar cosas para su bebé. Y ahora, debía deshacerse de una maleta repleta de pequeña ropa que ocupaba su habitación. Se quedó con dos conjuntos, por si acaso, y lo que no pudo vender, lo regaló.

Una vez más, quedaron con nada. Pero junto a Albert había espacio para recuperarlo todo. Y con el dinero en mano y un poco de ropa, partieron rumbo a Chile. Por su hija.

BOLIVIA

El viaje hasta Chile estaba valorizado en mil soles, y luego de vender todo lo que tenían, Ángeles y Albert habían conseguido 480.

Ese dinero solo logró hacerlos entrar a Bolivia.

Avanzaron como pudieron hasta un pueblo cercano a Pisiga. Pero con seis meses de embarazo, la resistencia de Ángeles no era la misma que cuando emprendió su viaje el pasado julio. Antes, cuando sus condiciones eran otras, soportaba dormir en la intemperie y caminar

hasta tener los pies hinchados. Ahora el cansancio comenzaba a abrumarla, y sabía que su camino era aún demasiado largo para los nulos recursos con que contaban.

-Princesa, el señor con el que vivo me acaba de decir que si llegas acá vas a tener que dormir en el patio. Dice que no tiene dónde recibirte.

No tenían dinero para llegar a Chile, y aún si lo lograban estarían en la calle. No iba a dormir en un patio, mucho menos con una hija en el vientre. Si Christopher significaba algún tipo de seguridad en Santiago, eso había desaparecido por completo. No había dinero para seguir el viaje ni devolverse, un lugar donde dormir o siquiera comida. La desesperación y frustración la habían colapsado, y por primera vez parecía que Albert no lograba encontrar la solución a sus problemas.

Sin otro lugar dónde ir, Ángeles recurrió al único espacio seguro que le quedaba.

-Mamá, me quiero ir de aquí. Me quiero ir de aquí. Quiero mi casa.

-Pero, hija, devuélvete a Perú.

-No, mamá. Quiero volver a Venezuela. Quiero estar en mi casa.

-Ángeles, recorriste medio mundo. ¿Vas a recorrerlo de nuevo devolviéndote de acá para allá? Hija...recuerda porqué te fuiste.

Le había rogado a Albert abandonar la ilusión de Chile y tomar las fuerzas que le quedaban para caminar de vuelta a Perú, pero sabía que no tenían nada a lo que volver. Algo en ella le decía que no. Que el camino era hacia adelante, no hacia atrás. Que la vida que querían para ellos, para la niña creciendo dentro de ella, estaba al otro lado.

Tenía que seguir.

-Mamá, esta es la última vez que hablaré contigo. Venderé el teléfono. Si no lo hago no podré llegar a Pisiga. No sé cuánto tiempo me quedaré sin comunicación.

Silencio.

-Bueno, hija. Está bien.

Llegar donde su hermano en Santiago ya no era una opción, pero había escuchado que Iquique era un lugar donde podían estar. Una ciudad turística que ayudaba a las personas migrantes, o así le había dicho. Vendió el teléfono, unas zapatillas y ropa de Albert para hacer el dinero suficiente para seguir. Quedaron no más que con lo puesto, incomunicados para el resto del mundo.

Había hablado con su madre cada día desde que se fue de casa, contando cada detalle de su viaje, su nuevo amor y su embarazo. La necesitaba más que nunca, y ya no tenía su voz. El sacrificio tenía que valer la pena.

...

Llegaron a Pisiga un martes, y sin nada con qué pagarle a los coyotes debían caminar solos. Sin conocer el camino, se mezclaron con un grupo de personas para seguirles el paso. Eran las ocho de la mañana, y el frío implacable del desierto se atenuaba para recibir al feroz sol de marzo.

La frontera era como una alcabala, un peaje enorme que dividía una carretera poblada por ambos países. Los camiones iban y venían, cruzando de Bolivia a Chile sin preocupaciones, con las policías fronterizas y los hombres de verde circulando atentos. Para lograr el cruce evitando ese peaje -y a las autoridades armadas- debían rodear completamente el tramo. La caminata llevaría horas. Sin embargo, la desviación por el llano desértico parecía ser su ruta más segura. La idea principal era evitar el convoy.

Los vio atrapando un grupo lejano, mujeres y niños y por igual. No eran exactamente delicados; los agarraban con un golpe y para atrás al convoy. Pensaba en lo que pasaría si lograra cruzar y aún así la encontraban. Si la perseguían para devolverla por dónde entró. Había una ansiedad tangible sobre ella. La adrenalina la hacía sentir todo al mismo tiempo. La policía chilena era diferente, y no se sentiría segura hasta estar lo más lejos posible de esa frontera.

Caminaron por horas y horas por un camino engañoso. Ella imaginaba el desierto vacío, pero entre los arbustos vio escondidos policías con radios que informaban sobre los grupos que iban pasando. Así era cómo llegaban. Continuaron caminando. El golpe directo del sol le había quemado la nariz hasta generarle ronchas. El delgado cadáver de una vaca adornaba el paisaje como una advertencia cruel y tétrica, y la sangre le caía por la piel desgarrada por las quemaduras. En esas horas de miedo en la intemperie, sin comida, agua o descanso, surgió en ella el terror de un aborto. Y en medio de sus temores por el peor escenario posible, una pierna se asomaba abandonada en el camino.

Estaba frente a la pierna de un hombre, sola y descompuesta en el desierto.

Estaba en un lugar donde las personas morían de frío, y ahí los dejaban.

Quería escapar lo más rápido posible, pero era demasiado tarde. Tenía que salir de ahí a tiempo. No le quedaba más que caminar.

...

Luego de haber caminado casi todo el día, ni Ángeles ni Albert daban más de pie. Habían logrado cruzar la frontera, pero la brisa del desierto los tumbaba y no sabían dónde ir. Tenían que llegar a Iquique, pero no sabían cómo. Nadie quería ayudarlos. Ni siquiera cuando pidieron agua.

Llegaron a una iglesia de color rojo, con unos muchachos en la acera de en frente. Estaban consumiendo drogas, y su ropa y forma de hablar hizo que Ángeles los identificara como “mala conducta”. Cuando notaron su presencia, ambos se acercaron con algo en las manos.

-Chica, toma. Para que comas tú y tu esposo.

Habían sido los únicos en prestarles ayuda en todo el viaje. El más pequeño de los dos también era venezolano, y a cada rato le insistía a Ángeles que comiera algo más. El más alto y delgado era colombiano, y les ofreció que pasaran la noche en una parada abandonada que tenía habitaciones limpias donde podrían descansar.

Al día siguiente llegarían a Iquique, y su travesía habría terminado. Pero esta noche, finalmente, estaban en Chile. Y alguien les había dado una mano.

CHILE

Había sido largo, sinuoso y duro.

Cruzó Colombia soportando acoso y miedo, se enamoró en Ecuador, lo dejó todo en Perú y encontró su fuerza en Bolivia. Hoy, estaba en Iquique. Insolada, flaca y adolorida, pero en Iquique. Su barriga de embarazada había desaparecido, y la altura, el calor y el frío habían afectado su salud más de lo que hubiera imaginado. Pero estaban bien. Los tres, estaban juntos y a salvo y bien.

Salió de Venezuela un 3 de julio de 2021, con la esperanza de surgir y ser alguien para ayudar a su familia. Soñaba con trabajar y bautizar a su pequeña. Construir una casa y casarse formalmente con Albert. Soñaba con establecerse para traer a su madre y a sus hermanos; asegurarles en Chile el futuro que no podrían tener en Venezuela. Soñaba con trabajar y ver crecer a su hija, con algún día volver a su patria y quizás abrir un restaurante junto a sus dos padres.

En esa tierra tan lejana como lo era aquella ciudad gloriosa, en pleno otoño de 2022, Ángeles podía darse el lujo de soñar. Y después de dos muy largos días, consiguió un teléfono.

-Mamá, estoy en Chile.

Antes de llegar a Iquique, Ángeles y Albert habían encontrado tirada en el camino una maleta. Sus bolsos estaban vacíos y gastados, pero la maleta era grande y estaba llena. Encontraron en ella un montón de ropa de hombre nueva y de marca. Y pese a que no tenían dinero, ni nada más que lo que llevaban puesto, habían encontrado una forma de sobrevivir.

Sus manos ya no estaban vacías. Todo estaría bien.

CAPÍTULO VI: LA EXPERIENCIA DE LA (IN)JUSTICIA

La migración es un proceso desafiante. Llegar a un lugar ajeno, con una cultura diferente no puede ser fácil. E incluso compartiendo un continente, las reglas del juego entre un lugar y otro parecen tan diferentes que bien podrían regir otra galaxia.

Las guías en el camino son esporádicas. Surgen de la buena voluntad y disposición de otros. La falta de información y asesoramiento es una realidad que todo aquel que haya recorrido fronteras conoce perfectamente. Porque nadie nace sabiendo. Y gran parte de la burocracia que opera en nuestras filas, los derechos y deberes que cargamos y la legislación que nos da forma, muchas veces es ajena incluso para quienes hemos permanecido toda la vida en el mismo lugar.

¿Qué queda entonces para aquellos que se desplazan por mar y por tierra?

El desconocimiento es, en opinión transversal de las personas entrevistadas para esta memoria, el primer espacio donde florece la vulnerabilidad. El difícil acceso a la información y asesoría legal expone a cualquiera a múltiples riesgos, y dificulta multifactorialmente la integración de las comunidades migrantes a la sociedad en la que esperan surgir.

En Chile, solemos hablar de lugares “donde no llega el Estado”. Es un decir coloquial, claramente, ya que el Estado implica todo aquello que habita dentro de nuestras fronteras. Pero lo usamos para referirnos a una ausencia o abandono específico. Al espacio donde la sensación común es que no llegan las instituciones. Donde la educación y las oportunidades son escasas y la pobreza no sólo es económica, sino multidimensional.

Es un término para hablar de los que se sienten olvidados. Y no es una experiencia de nuestra exclusiva propiedad.

En todas las comunidades que se sienten olvidadas, abandonadas o ignoradas, la organización social surge como un espacio de lucha común. Las ollas comunes y las redes comunitarias prevalecen como una forma de autocuidado. El entendimiento de que en la vida no avanzamos solos, sino juntos, ha sido clave en el desarrollo de la evolución social y humana. Y no es necesario buscar demasiado para encontrar que, frente a una crisis como la que hoy se vive con la situación migratoria, siempre, desde alguna parte, hay tendida una mano.

A fecha de septiembre de 2022, existen 37 organizaciones y asociaciones pro migrantes sin fines de lucro que promueven los derechos y deberes de extranjeros/as en el país. Su existencia es importante, y cambia vidas, pero, como en todas partes, no lo es todo. ¿Cuántas ollas comunes nutren estómagos y almas todos los días? ¿Cuántos vecinos se han unido para darse una mano entre sí? ¿Cuántos grupos de WhatsApp de comunidades locales se organizan en torno a un bien común?

¿Cuántas personas que, desde lo local, aportan con su tiempo y conocimiento, no para resolver los problemas del mundo, sino aquellos que tienen enfrente?

La migración es un proceso desafiante. Es duro, puede ser ingrato y está lleno de reglas que nadie te dice. Pero en estos casos la experiencia, negativa o positiva, genera aprendizaje. Y quienes se basan en ella para ser un aporte en las vidas de otros, no sólo lo hacen porque en algún lugar del camino lograron creer en sí mismos, sino porque creen en lo que esa experiencia puede construir con un poco de ayuda.

Esta es la historia de una joven que cree en el poder de la información, porque sabe lo que es no tenerla.

...

Había cruzado muchas veces antes. No sabía qué pudo haber hecho mal.

Su amigo estaba en la oficina de la policía, solo. Quizás lo percibieron demasiado nervioso. ¿Qué fue lo que no supo responder correctamente para ser arrastrado hasta allá? Traían todos sus documentos e identificaciones. Habían empacado cuidando no llevar nada que les pudiera causar problemas. Querían hacer las cosas bien. No entendía qué parte de ellos causaba tanta sospecha.

¿Se verían demasiado jóvenes?

Estaban en la puerta, sosteniendo los bolsos. El hermano menor la miraba buscando respuesta. Después de todo, se supone que era ella quién debía guiarlos. Ana estaba a cargo, ansiosa y desconcertada. Nadie quería decirles dónde estaba su amigo, cuánto tardaría o por qué se lo habían llevado. Los segundos se hacían más largos. Más angustiantes. La noche caería pronto y el bus aguardaba impaciente, detenido a tres cuadras de la aduana; el viaje se había retrasado y todo el resto de los pasajeros ya estaba arriba, esperando.

-Ya pues, vamos arrancando. O vamos a llegar tarde a Iquique.

El que nada hace, nada teme. ¿Por qué, entonces, estaban tan asustados? Ana nunca había tenido estos problemas antes. Sus pasaportes no podían tener nada de malo, eran nuevos y relucientes. Tenían todos sus documentos en orden. Pero era la primera vez de los hermanos y con Ana, de sólo 19 años, liderando el viaje, y ellos, de 18, siguiéndola, deben haberse visto como niños.

Quizás el nerviosismo y la juventud les jugó en contra. ¿Pero por qué sólo él y no ellos?

Puede ser que Ana haya caminado con más seguridad. O a lo mejor el hermano dio la respuesta precisa frente a la policía.

Quizás era el hecho de que su amigo tuviera la piel más morena.

Frente a la incertidumbre, sólo le quedaba la sospecha.

Lo soltaron después de una hora y una eternidad más tarde. Asustado y sombrío.

-No me dejaron pasar. Tengo que volver.

La policía retuvo los documentos de su amigo luego de marcar su pasaporte con un sello rojo y romperlo frente a sus ojos. No lo querían en Chile, pero no le dijeron por qué. Los chicos se miraron sin saber cómo continuar. Ana quería encontrar una solución, pero nadie quería ayudarla o siquiera responder sus preguntas. Sabía que no podía abordar ese bus a menos que todos estuvieran arriba. No iba a dejar a nadie en el camino.

Ana había conocido a los chicos en su barrio de toda la vida. Los hermanos, mayor y menor y sólo un poco más jóvenes que ella, se habían atrevido a probar suerte en Chile y a trabajar durante la temporada de cosecha porque Ana los había animado. Ella llevaba casi un año migrando, siempre con sus documentos al día. Cruzaba regular, ida y vuelta, como era costumbre de muchos bolivianos en busca de empleo temporal. No se suponía que fuera una misión difícil. Había cruzado por Arica y por Colchane, pero era la primera vez que experimentaba algo como esto. Con el miedo escrito sobre los rostros de sus amigos y el frío de la noche acercándose, lo que sentía era algo más que simple ansiedad y temor. Los pasaportes les habían costado la mitad de su sueldo. Sabía lo mucho que habían trabajado por ellos y pensaba en su amigo viéndolo teñido de rojo, hecho pedazos, a merced de personas sin siquiera un mínimo de interés en ayudarlo.

Lo que sentía era humillación.

Caminaron hasta el bus que los esperaba en el límite de la frontera. Explicándole la situación al chofer, Ana pensó que quizás podrían ir a la aduana a reclamar los documentos requisados. Lograr recuperarlos, al menos, si no los dejaban cruzar. Pero así no funcionaban las cosas y el hombre se lo advirtió. No valía la pena que los detuvieran a todos o perdieran el resto de sus pasaportes.

-Miren, si quieren respetar las reglas, quédense y devuélvanse. Pero si no, no tengo problema en llevarlos. No hay nadie en la frontera. Vámonos.

Si se quedaban, dormirían en la calle. Estaban solos, lejos de cualquier red de apoyo, sin hoteles, comida o siquiera postes de luz a la vista. Pero si seguían, no estaban seguros realmente de qué podría pasarles..

Se subieron nerviosos, con el terror de saber que estaban actuando al margen de todas las normas. Pero a nadie parecía importarles. Se imaginaron a la policía corriendo tras de ellos para detenerlos, bajándolos a la mitad del desierto para dejarlos a su suerte o llevándolos a una comisaría para pasar la noche entre uniformados de un país ajeno. Pero no sucedió. El bus recorrió su camino indiferente al miedo de sus tres jóvenes pasajeros, que esperaron con ansiedad y pavor una fiscalización que jamás llegó.

Cuando cruzaron Colchane camino a la ciudad gloriosa, estaba lejos de ser el pueblo fronterizo colapsado y militarizado que es hoy. Desde ese día en que Ana y sus amigos subieron a ese bus con el peso de la irregularidad sobre ellos, hace casi diez años atrás, lo único que reconoce aún de Colchane es el frío viento que corre por sus calles.

Iquique los recibió tranquilo, separándolos por caminos y suertes diferentes.

Con el pasar de los años, el menor de los hermanos formó una familia en la ciudad. Se quedó en Chile, y él y Ana aún se ven de vez en cuando.

Jamás conversaron sobre ese día.

Su amigo del pasaporte rojo volvió a Bolivia. Nunca logró establecerse en Chile, por más que lo intentó. Ana no tiene claro por qué.

Quizás el miedo es algo demasiado duro para eliminar por completo de la memoria.

...

Antes de llegar a Chile, Ana era una niña.

Cochabamba era todo su mundo, tierra oriunda de su padre. Durante los últimos años de la escuela comenzó a trabajar en una bencinera para hacer su propio dinero. Normalmente, su padre pagaba por todo. Ana era su niña consentida. Él y su madre se habían separado un par de años atrás, pero él la visitaba a diario y era parte presente de su vida. Y su madre, una mujer trabajadora y siempre llena de consejos amorosos que Ana no escuchaba, se quedaba con ella en casa. Sentía lo mucho que la apreciaba, y si bien su relación no era perfecta, se acercaba lo suficiente. Además, La Chimba era su barrio desde la infancia. Conformado por todos sus amigos, vecinos y conocidos de siempre, tenía un gran círculo social lleno personas con quien estar y lugares donde ir.

Su vida se pasaba estudiando en las mañanas, trabajando en las tardes y saliendo los fines de semana. Así fue hasta que terminó la escuela, cuando su madre le ofreció un plan distinto.

Sus tíos estaban en el norte de Chile y le habían contado que el trabajo temporal pagaba mucho mejor que el mínimo de Bolivia. Ana no estaba segura de si seguir o no a su madre. No quería irse de Cochabamba, pero ganar dinero era mucho más rápido al otro lado de la frontera y sumaba una oportunidad para conocer algo más. Si ahorraba lo suficiente podría incluso estudiar una carrera. Además, siempre podía volver a casa. Arica no quedaba demasiado lejos.

Tenía 18 años cuando migró por primera vez.

No sabía aún todas las que vendrían.

...

En la cosecha de tomates de la pampa, a dos horas de Arica, muchos de los trabajadores venían del altiplano, delante de la cordillera. La diferencia cultural no era muy grande, y Ana y su

madre eran solo parte de las varias personas que cruzaban de Bolivia a trabajar por temporadas, así que no se sentían tan solas.

Ana nunca había trabajado la tierra. Apenas sabía de agricultura. La enviaron a limpiar después que el resto cosechaba, sacando las ramas y hojas secas del huerto. Los capataces dividían el trabajo por género, pero por alguna razón las mujeres mayores parecían terminar con las labores más pesadas. Su madre, cansada y frustrada, no entendía por qué tenían trabajos tan diferentes. Pero los capataces se lo explicaban a Ana de una forma que hacían sonar casi divertida.

-A ti te vamos a dar el trabajo más fácil. No queremos explotarte. Si quieres seguir teniendo ese cariño, te tienes que portar bien, ¿ya?

Y Ana, sin saber reaccionar, se reía y dejaba pasar sus indirectas con gracia cuanto fuera posible.

Los lunes le daban almuerzo, pero el resto de la semana quedaba a su propia suerte. No tenían contrato, ni seguro, ni implementos de seguridad. Pero en el fondo del terreno había unas casas para los trabajadores sin hospedaje. Eran cuatro alojamientos para alrededor de 50 personas. Por cada casa había una cocina, un baño y una habitación compartida por extraños, familias, parejas y perfectos desconocidos. Gracias a sus tíos que las recibieron en Arica, Ana y su madre evitaron quedarse ahí. Sin transporte, viajaban por sus propios medios cada día, dos horas para llegar a la cosecha y dos horas para volver a casa. Sin guantes para trabajar, Ana peleaba a diario con las espinas y picaduras de insectos en sus manos mientras limpiaba el huerto. Y su madre sufría con los trabajos pesados junto al resto de las mujeres.

Por otro lado, lo que en Bolivia ganaba en dos meses en Chile lo hacía en una semana. Y Ana era demasiado joven aún para reconocer el peligro con todas sus caras.

...

Luego de dos años yendo y viniendo, Ana ya tenía descifrados algunos trucos. Aprendió que si no tenía dirección de llegada, debía decirle a la policía que se dirigía a “Esmeralda 1000”, que en realidad era la dirección de una residencial del Barrio Boliviano de Iquique. También, que si no tenía dinero, debía decir que la estaban esperando con una pequeña suma en su lugar de destino. Aprendió que no debía mostrarse nerviosa; que si llegaba pasadas las cuatro de la tarde no alcanzaba a pasar por la aduana antes de su hora de cierre; que si dormía en el bus para esperar el día siguiente, el frío de Colchane sería el más intenso que sentiría en su vida; y que la mayoría de quienes quedaban varados esperando la mañana, tomaban sus cosas y cruzaban como fuera hacia el otro lado.

Intentó siempre cruzar de forma regular, con sus papeles al día y todos sus documentos, aunque no siempre era posible. No era que disfrutara la irregularidad. Nadie lo hacía. Pero era una práctica usual con sus compatriotas comerciantes: viviendo al día a día, a veces, darse el lujo de hacer una fila de seis horas o perder todo un día de viaje, significaba perderlo todo.

Así, Ana y muchos pasaban de un lado de la legalidad al otro. Y otra cosa que aprendió con el pasar de los años fue que, regular o irregular, el miedo al cruzar por la frontera es el mismo.

En Colchane, donde sólo el desierto es tu testigo, en un terreno baldío donde nadie ve, escucha o actúa, la vulnerabilidad existe con o sin documentos.

Aún así, si bien su meta inicial era trabajar tres meses en Chile, ahorrar todo ese dinero y volver a Bolivia para pagarse una carrera universitaria, algo pasó en el camino que la hizo volver una y otra vez. Tenía que ver con el dinero, claramente, pero no era una pura necesidad económica. El billete en su bolsillo representaba algo nuevo y fascinante. Una sensación de independencia y libertad que no había experimentado antes. Si bien su padre siempre había estado presente, su apoyo material traía consigo un poder de decisión implícito e innegociable. Si Ana necesitaba ropa, él se la compraba. Pero también la elegía. En cambio, con el dinero que ahorró en Chile, se compró sus propias cosas: ropa, a su gusto y un celular solo para ella.

No era el dinero sólo como fin, sino como un medio. E incluso su madre parecía más liberada.

Cuando Ana era niña, su madre trabajaba sólo medio día. Más tiempo que eso y se ganaba los cuestionamientos de su entonces marido, el padre de Ana. En Bolivia, su destino era tomar la cruz y hacerse cargo de los niños y la familia. Trabajar era tiempo desperdiciado que podría haberse invertido en casa. En Chile, en cambio, estaban solas para ir y hacer lo que quisieran. Al final, el valor del dinero no estaba en el número. Su madre lo sabía, y esa independencia la transformó para bien.

-Ya tengo mi propia plata, Ana. Tengo el poder del dinero.

Con su nueva libertad, Ana se dedicó a trabajar y viajó por Arica, Iquique, Antofagasta, Copiapó y Santiago. Conoció diferentes personas, trabajos, lugares y vidas. Compartió ideas y proyectos diferentes a todo lo que alguna vez había aprendido y se movió en entornos sociales en los que nunca antes había estado. Y aunque no estaba demasiado lejos, siempre con la opción de volver a casa, Ana se dio cuenta que, con el fruto de su trabajo en sus manos, el mundo abría sus puertas para ella y que nadie más podía dictarle dónde ir. Pero todo tiene un costo.

Sólo que aún no tenía claro cómo ponerlo en palabras.

...

En Bolivia su vida había sido perfectamente adolescente. Tenía la escuela, un trabajo de medio tiempo y fiestas y amigos con quienes pasar los fines de semana. Sin embargo, el duro golpe de adultez la sacudió con fuerza hacia su vida en Chile, donde su vida se iba en el trabajo y su vida social era inexistente.

Su madre estaba cerca, y disfrutaba trabajando y manteniéndose ocupada, pero no tenía amigos ni nadie con quien hablar sobre aquellas situaciones que la dejaban intranquila. Y eran varias.

El trabajo sobraba, era cierto, ¿pero qué clase de trabajo era el que le esperaba? Desde su primera experiencia en la cosecha de tomates, notaba que nadie parecía proyectar la mirada hacia un mundo donde los migrantes como ella fueran más que la clase obrera al servicio de intereses ajenos. El sistema parecía privilegiar la irregularidad y la abundancia de oportunidades se tomaba de la mano con el ahorro a costa de la dignidad. Donde no existía la seguridad o la fiscalización, prosperaba el desconocimiento y el peligro. Y cuando no hay alguien a quien rendir responsable, el mundo gira bajo la ley del más fuerte.

Además, cinco años en Chile habían sido suficientes para ser testigo y protagonista de un talento masculino preocupantemente común: la capacidad para detectar la vulnerabilidad y sacar provecho de ella.

Era indiscutiblemente obvio que la comunidad migrante en Chile estaba, en muchos niveles, desprotegida. Lo que la sorprendía era ver cómo, dentro de la generalidad, habían agresiones y vulneraciones que parecían únicamente reservadas para las mujeres.

No las tomó en cuenta al principio, cuando cruzó la frontera con sus frescos 18 años. Su madre tampoco les había tomado el peso. Probablemente porque ambas las consideraban parte de una normalidad inevitable. Eran los nombres, las insinuaciones incómodas y la forma en la que su jefe la llamaba “la bolivianita”. Cosas pequeñas que se sentían erróneas, y cosas más grandes que eran del todo desagradables.

En Copiapó, la oficina de Extranjería se encuentra en la Gobernación, a media cuadra -o tres minutos caminando- de la Plaza de Armas. Un día de trámites, Ana estaba sentada en una banca, esperando, cuando un hombre con un acento conocido se le acercó.

-Oye, chica. Ese tipo se quiere acostar contigo.

-¿Perdón?

El sujeto apuntó a otro hombre en la plaza, no muy lejos de ellos.

-¿Quieres ir?

Ana sintió repudio.

Durante su paso por Santiago, Ana fue a una agencia de trabajo con la esperanza de encontrar empleo como niñera o limpiando casas, que era donde tenía experiencia. Publicaron su foto junto a sus datos y su número de contacto, y pronto le comenzaron a escribir hombres que buscaban más que sus servicios para el hogar.

-¿Por qué me escriben así? ¿Es normal eso acá?

-Pues si lo agarras, bien. Si no, es tu problema. Pero ese es el trabajo.

Algunas veces la citaban para limpiar oficinas. Le decían que cuando terminara, fuera a planchar a las casas de los hombres. Que no habría nadie para molestarla. Otras veces, la citaban a una casa y al llegar le decían que la familia no estaba. Que nadie la estaría mirando. Sólo ella y el caballero de la casa. Ella, con el cuidado de no entrar, rechazaba la oferta con la mayor cortesía que le permitía el miedo.

-No, no, caballero. Gracias, pero no puedo trabajar si no está la familia o alguien que observe mi trabajo.

De vuelta en Iquique, un galpón de venta de línea blanca le ofreció ayudarle a ordenar sus papeles y hacerle un contrato temporal. Todo fue maravilloso, hasta el día en que le cobraron el favor de vuelta.

-Oiga, señorita. Nosotros la ayudamos. ¿Usted qué nos ofrece?

-¿Perdón? Pues...mi trabajo.

Y así continuó el acoso, donde sea que fuera. Y se dio cuenta que nada de lo que le estaba sucediendo era normal.

Ana llegó a la primera charla de mujeres feministas del norte grande, perdida. Y fue como despertar y ver la luz en medio de la noche.

...

Se había acercado al mundo de la organización social lentamente, primero a través del tema de la legalidad y los documentos. Todos esos malos momentos y cuestionamientos la llevaron a buscar ayuda e incluirse dentro de la comunidad. Muchas personas necesitaban asesoría para sacar sus papeles y entender los trámites. Ana quería aprender lo máximo que le fuera posible y luego aplicar ese conocimiento en ayudar a quienes, como ella, llegaron en el desconocimiento total. Pero se había convertido en algo más. Los líderes de las mesas de trabajo la incluyeron en conversaciones que la movieron a escuchar más. La invitaron a charlas y talleres repletos de mujeres viejitas, choras y fuertes. Iba sin conocer a nadie. Sin saber qué esperar. Las escuchaba hablar y se encontraba a sí misma deconstruyendo un sistema de creencias que la había llevado a normalizar -o a no reconocer- la violencia cuando la tenía de frente.

Eran chilenas y migrantes, y juntas se tomaron un té. Se rodeó de sociólogas y profesoras y mujeres profesionales. Y se sintió bien. Discutía sobre qué significaba el feminismo para cada una y sobre cómo organizarse. Le hablaron sobre cursos de autodefensa, asesorías laborales y capacitaciones en documentos y derechos migrantes. Se acercaron para invitarla personalmente.

-Hija, esta charla te puede interesar. Va a ser en el consultorio. Es sobre derechos en la salud.

Al fin tenía palabras para lo que había vivido los últimos casi seis años. Veía claramente los peligros a los que estuvo expuesta y entendía cada cosa que alguna vez la dejó con un sabor

amargo que no supo describir. Era el alivio de claridad y la validación, acompañado de la pena y la rabia de la experiencia.

¿Por qué en el colegio nunca le habían hablado de estas cosas? ¿Cuántas otras mujeres experimentaron lo mismo antes que ella? Nunca había escuchado hablar de feminismo en Bolivia. Era una palabra desconocida hasta para su propia madre. Le había tomado 25 años de su vida encontrar el término apropiado; abrir los ojos para identificar los errores en aquello que consideraba normal y cotidiano. Antes que alguien se lo contara, tuvo que cruzar fronteras y experimentarlo todo en primera persona: el acoso, el machismo, la sexualización. La explotación laboral, la vulneración de derechos y el racismo.

La desprotección en todo su esplendor.

Fue 2018, el año que ella después reconocería como el nacimiento de la Ana “revolucionaria”. La primera vez que salió a la calle a repartir flayers contra el acoso y la discriminación. Cuando organizó un grupo de migrantes feministas y comenzó a difundir lo que estaba aprendiendo para desaprobación y rechazo de las señoras mayores.

Fue 2018, año del mayo feminista, que Ana finalmente pudo llamar a la violencia por su nombre.

...

Lejos de casa, Ana maduró.

La niña que dejó Bolivia no era la misma que se arrepintió de no haber valorado su patria al llegar a Chile. Y cuando comenzó a mirar hacia atrás con el filtro que sólo otorga la distancia y sintió que era la única joven boliviana en la ciudad gloriosa, estiró los brazos y descubrió que estaba equivocada.

Con el tiempo, Ana comenzó a armar su propia red. Creó un grupo de WhatsApp sólo para migrantes bolivianos que luego se convirtió en una página para difundir información útil y ayudarse entre sí. Conoció personas que venían de su misma zona, muy cerca de su barrio; descubrió que sus compatriotas estaban llenos de ideas para crear lazos entre países, especialmente los comerciantes; e implementaron la recuperación del folclor de su patria con un grupo de baile de morenada. Se transformó en parte activa y directiva de organizaciones y movimientos sociales, participó de operativos migrantes y brindó asesorías en temas que nunca pensó lograr manejar con tanta soltura. Hizo contacto con representantes de otros países, comunidades venezolanas, colombianas, ecuatorianas, cubanas y más viviendo en Iquique, y su mundo se abrió.

Cada comunidad tenía sus propios problemas y expectativas. Un folclor y tradiciones y una cultura particular. Todas tenían un fuerte que potenciar y algo que aportar. Tenían diferencias, a veces profundas, pero también varios obstáculos comunes. Y ante la sensación de abandono y la ausencia de las instituciones, la organización comunitaria había surgido como un salvavidas en el océano.

Eso era algo que todos tenían en común.

Otras, sin embargo, eran difíciles de conciliar. Y la discusión era la misma siempre.

-¿A qué llamas tú feminismo, Ana?

-Feminismo no es ir contra los hombres, es luchar por las mujeres. Por la igualdad.

-¿Y dónde está esa desigualdad?

Todas venían de diferentes lugares. Diferentes generaciones. Habían crecido en contextos distintos, cada una con su propio bagaje. Cada una interpretaba su propia versión de porqué se reunían. Ana explicaba la suya; hablaba de sueldos comparativos y la falta de leyes de protección para las mujeres trabajadoras. Pero no todas compartían sus mismas visiones, así que entraban en

la batalla de cómo definir su bandera de lucha. Las creencias personales y culturales pesan igual como la sangre pesa más que el agua.

-Ya. Pero yo no lo veo así, Ana.

-¿Y cuál es tu punto?

-Que hay que defender a mujeres y hombres.

-¿Un grupo de mujeres defendiendo a los hombres?

Le había tocado conocer diversos puntos de vista, inspirados por las múltiples realidades migratorias que vio aumentar exponencialmente en los últimos años. Las charlas informativas siempre traían debate; hablar sobre violencia, aborto, incluso salud. Recordaba vívidamente el impacto de muchas mujeres cuando junto a la organización feminista migrante repartieron preservativos entre las presentes.

-Esto en mi país no es normal. Me van a decir cachera.

Lo veía incluso en las asesorías. Había quienes pensaban que por estar de manera irregular no eran sujetos de derecho. Hacían talleres para dar ayuda migratoria y laboral, para explicar las cosas a las que podían tener acceso. No siempre lo aceptaban. Pero Ana y sus compañeras no estaban ahí para juzgar; daban el apoyo y la información que correspondía sin discriminar a nadie. Estaban presentes y abiertas a compartir su experiencia, su conocimiento y sus opiniones, sin obligación a nada.

Sin obligación de que lo respetaran.

Pero Ana, una vez que logró identificar los problemas de fondo, nunca más pudo ignorarlos. Lo que había aprendido había sido desde la experiencia. Estaba segura de que las mujeres migrantes, madres y trabajadoras, eran una población vulnerable y vulnerada; incluso por

los mismos hombres con quienes compartían ese universo migratorio. El machismo, en todas sus facetas, de la más suave a la más dura, es un problema real, cotidiano y agravado para demasiadas mujeres. Y en un país ajeno, sin redes de apoyo ni herramientas para escapar, la violencia de género no se justifica, pero sí prospera.

Y si bien no podía cambiar todas las opiniones, sí podía poner su grano de arena.

Así que Ana decidió cumplir su sueño original de estudiar una carrera e ingresó a la universidad para convertirse en abogada.

...

A 10 años de su llegada a Chile, cuando mira Facebook, Ana calcula que sólo el 10% de quienes fueron sus compañeros de clase son profesionales.

Ella, por otro lado, ahora es madre, estudiante, trabajadora y dirigente social. Tantas cosas a la vez la llevan hasta las lágrimas algunos días y la hacen cuestionarse si realmente logrará terminar su carrera. Ha pensado en dejar las organizaciones. Cómo hacerlo sino con su tiempo. Las labores de casa, la maternidad y la necesidad de generar ingresos son irrenunciables. Pero no puede. Al final, sólo se trata de planificar y dividir sus espacios. Además, se siente acogida. Cuando entró a la universidad, dos de sus compañeras de la organización migrante feminista la siguieron. Una estudia trabajo social y la otra ya es profesora. Se siente en un entorno que la inspira y le acomoda saber que todas luchan conjuntamente las mismas batallas y hacia el mismo lado.

La situación común las ha unido. Han salido adelante.

-Es difícil migrar, estudiar, tener hijos. Es muy difícil. Pero, por una parte, siento que he tenido más apoyo del que mi propia familia me hubiera dado allá en Bolivia.

Y Ana, después de todo, se siente más fuerte.

En cuarto año de carrera, Ana espera dedicarse al derecho migratorio y el desplazamiento de las personas. En su experiencia, hay muy pocos para lo mucho que se necesitan. Conoce en primera persona el miedo inducido por la falta de información. Cuánto potencial perdido sólo por el desconocimiento y sus consecuencias. Lo ve incluso en la universidad. Tantos alumnos destacados que no pueden resolver sus problemas de regularidad y no acceden a las becas y las oportunidades disponibles para ellos. Ana quiere implementar un consejo dentro de la federación universitaria para visibilizar la estructura estudiantil migrante; no sólo para hacer un intercambio y rescate cultural sino intelectual. Compartir ideas, creencias y formas de vida y otorgar información para potenciar al alumnado migrante.

Y funciona. Porque en 2022, gracias a los talleres y conversatorios que organizaron sobre cómo ingresar a la educación superior, tres personas migrantes se matricularon en su universidad.

Ana cree que la información es un aliento para las personas. Y, recordando ese día en la frontera, con el miedo en el rostro de su amigo siendo llevado a interrogatorio arbitrariamente, rezando que su bus no fuera detenido y tuviera que explicar que su pasaporte fue hecho pedazos por la policía, lamenta no haber sabido en ese momento todo lo que sabe ahora.

EPÍLOGO

Esta memoria fue escrita leyendo estadísticas, cifras y prensa sobre hechos que cumplen las cinco preguntas básicas del periodismo. Hechos reales, macrosociales y objetivos, necesarios para entender los contextos en que nos movemos cada día. Esta memoria fue escrita bajo el lente de que detrás de cada número, titular o dato cuantitativo existen experiencias individuales que también merecen atención. Un rostro detrás de cada punto porcentual que, en su particularidad, refleja muchas veces lo colectivo. Historias reales e íntimas de quienes han luchado -y continúan luchando- por hacer de un hogar una tierra desconocida que les prometió la bienvenida pero les dio la espalda en la puerta; relatos que se entrelazan tanto como se diferencian y que ofrecen diversas perspectivas dentro de un abanico de experiencias. Son historias, vidas, atravesadas por fronteras de todo tipo. Unas que, incluso, pueden ser difíciles de compartir.

Sentarse frente a dos extrañas y abrir las puertas de tu hogar, tu familia y tu historia no es ejercicio fácil de realizar. En la diversidad de experiencias que recogimos a lo largo de este proceso hubo momentos tanto de risa como de quiebre. Se revivieron enojos, dolores, sueños y recuerdos. Fue también un proceso que se vio atravesado por personas que no estuvieron dispuestas a abrirse; o lo hicieron para más tarde cerrarse. Un proceso marcado por personas que nos llevaron a otras y por caminos que no dieron fruto. Pero, en especial, por la confianza de quienes sí lo hicieron, y por el respeto y dignidad que merecen sus historias tanto al ser escuchadas como contadas.

A través de este viaje, con sus inconvenientes y sus aciertos, trabajamos la entrevista de una forma en que nunca habíamos hecho. Tuvimos la oportunidad de cruzarnos con múltiples historias, personas, lugares y puntos de vista apuntados desde albergues, ollas comunes y casas familiares tanto en la región de Tarapacá como en la Metropolitana. Muchas de estas mujeres, al recibirnos para conversar, creyeron no tener una historia que contar. Se sorprendieron ante la idea de que alguien les interesara escucharlas. Que a alguien, más que ellas, le importara. La vida, a diferencia de las obras creadas en formato escrito o documental, no tiene un sentido narrativo.

Las historias, vividas en tiempo real, carecen de estructura o perspectiva. No son historias completas, de hecho, sino que lo serán en un camino largo que sigue. Agradecemos a las mujeres que, con este proyecto, nos dieron la confianza para ser parte de esas vidas durante el proceso.

Establecimos durante estas páginas el hecho de que como país -e incluso como región continental- estamos al debe con el derecho a la movilidad humana que sustenta la experiencia migratoria. Esto a niveles de Estado, de medios de comunicación, de leyes de protección al trabajo y a la infancia, corredores humanitarios en las fronteras, políticas contra la violencia migratoria con perspectiva de género y la violencia cultural de los discursos xenófobos, racistas y clasistas que se han repetido por generaciones.

Frente a tantas deudas y dolores, el rescate y la valorización de las voces migrantes, especialmente de mujeres, puede no verse prioritario. Pero lo es. Necesitamos pasarle el micrófono a quienes son protagonistas de esta crisis, no a quienes se mantienen en la comodidad de ser solo testigos o teóricos/as. Necesitamos reflejar y humanizar lo abstracto y recoger la memoria de una comunidad que se siente olvidada en medio de tanta urgencia y el devenir de la sobrevivencia.

Para quienes somos comunicadores y contadores de historias, es un deber y un compromiso contar esas experiencias y no caer en el espectáculo en que muchos han transformado los relatos migrantes.

Estamos seguras que, para nosotras, esta memoria es el inicio de ese compromiso.

BIBLIOGRAFÍA

BBC NEWS MUNDO (2021a.) “¿El fin del "sueño chileno"?: los migrantes que luchan por permanecer en un país que les cierra las puertas”. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-56999711>

BBC NEWS MUNDO. (2021b.) “¿Por qué tantos haitianos se están yendo de Chile?”. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-58550943>

BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL/ BCN (2017) Inmigración a Chile en los dos últimos decenios . Recuperado de: https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/24532/1/Migraci%C3%B3n_a_Chile_2000-2016-2.pdf

CADEM. (2023). “Encuesta Plaza Pública”. <https://cadem.cl/wp-content/uploads/2023/04/Track-PP-484-Abril-S3-VF.pdf>

CÁRDENAS (2021) “Casen: venezolanos en Chile son casi medio millón de personas y el 41% de todos los inmigrantes”. En *La Tercera*. <https://www.latercera.com/pulso/noticia/casen-venezolanos-en-chile-son-casi-medio-millon-de-personas-y-el-41-de-todos-los-inmigrantes/F44IEZIO2JCPHCRRFLMHKLINV4/>

CASTAÑEDA (2022). “Es todo lo que tenemos: Migrantes obligados a deshacerse de pertenencias en la frontera”. En *The Arizona Republic* <https://www.azcentral.com/story/noticias/2022/08/18/migrantes-obligados-deshacerse-de-pertenencias-en-la-frontera/10356559002/>

CENTER FOR IMMIGRATION STUDIES (2018) “Trash at the Border Highlights the Environmental Cost of Illegal Immigration”. Recuperado de: <https://cis.org/Immigration-Studies/Trash-Border-Highlights-Environmental-Cost-Illegal-Immigration>

EMOL (2022). “Colchane acumula el 60% de las muertes de migrantes irregulares en frontera norte”. Recuperado de <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2022/12/19/1081424/colchane-aumento-muertes-migrantes-frontera.html>

FLORIDA TIMES-UNION (2010) “Fact Check: Trash lines many illegal immigration routes”. Recuperado de: <https://www.jacksonville.com/story/news/nation-world/2010/06/17/fact-check-trash-lines-many-illegal-immigration-routes/15941811007/>

INFOMIGRA (2022) Informe Exploratorio: muertes migrantes en la frontera chilena.
Recuperado de:
<https://www.infomigra.org/informe-exploratorio-muertes-migrantes-en-la-frontera-chilena-1990-2022/>

INSTITUTO CENTTA (2016). “Duelo migratorio: ¿Qué es y cómo se afronta?”. Recuperado de:
<https://centta.es/articulos-propios/duelo-migratorio#:~:text=El%20duelo%20migratorio%20es%20un,el%20duelo%20tambi%C3%A9n%20lo%20sea>

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA/ INE (2003). El Censo de Población y Vivienda 2002.
<https://www.ine.gob.cl/docs/default-source/centso-de-poblacion-y-vivienda/publicaciones-y-anuarios/2002/sintesis censal-2002.pdf>

MINISTERIO DE LA MUJER Y EQUIDAD DE GÉNERO (2021). *Migrantes en Chile*.
<https://minmujeryeg.gob.cl/wp-content/uploads/2021/12/mujeres-migrantes-infografi%C3%A1a.pdf>

ONU MUJERES [s.a]. Preguntas frecuentes: Tipos de violencia contra las mujeres y las niñas.
<https://www.unwomen.org/es/what-we-do/ending-violence-against-women/faqs/types-of-violence>

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES (OIM) (2022) DTM Encuesta de Monitoreo de Flujo en Colchane, Chile - Rondas 7, 8 & 9, disponible en
<https://dtm.iom.int/chile>

PORTAL DE DATOS SOBRE MIGRACIÓN (2023) “Datos migratorios en América del Sur”.
Recuperado de
<https://www.migrationdataportal.org/es/regional-data-overview/datos-migratorios-en-america-del-sur#:~:text=Los%20migrantes%20intrarregionales%20han%20tenido,los%20pa%C3%ADses%20andinos%20y%20Paraguay>

RELIEFWEB (2022) Informe de la Plataforma Nacional de Chile: Análisis del conjunto de necesidades para el plan de respuesta para refugiados y migrantes 2022 - Chile. Recuperado de
<https://reliefweb.int/report/chile/informe-de-la-plataforma-nacional-de-chile-lisis-del-conjunto-de-necesidades-para-el>

SERVICIO JESUITA A MIGRANTES/ SJM (2021) “Ingreso por paso no habilitado en 2021 llega a su máximo histórico”. Recuperado de
<https://sjmchile.org/2021/09/06/ingreso-por-paso-no-habilitado-en-2021-llega-a-su-maximo-historico/>

SERVICIO JESUITA A MIGRANTES/ SJM (2022a.) “Avances y desafíos: Inédito balance analiza cifras y evolución de la migración en Chile en los últimos cuatro años”. Recuperado de: <https://sjmchile.org/2022/06/10/avances-y-desafios-inedito-balance-analiza-cifras-y-evolucion-de-la-migracion-en-chile-en-los-ultimos-cuatro-anos/>

SERVICIO JESUITA A MIGRANTES/ SJM (2022b.). Migración en Chile. Lecciones y desafíos para los próximos años: Balance de la Movilidad Humana en Chile 2018 - 2022 (3). Santiago, Chile. Recuperado de <https://www.migracionenchile.cl/publicaciones>

SERVICIO NACIONAL DE MIGRACIONES (2022c.) Nómina de Organizaciones definitivas inscritas en el Registro de Organizaciones Sociales del SERMIG. Disponible en <https://serviciomigraciones.cl/wp-content/uploads/2022/11/Nomina-de-Organizaciones-Definitivas-COSOC.pdf>

UNICEF (2022) “Las necesidades de las familias migrantes en el norte de Chile”. Recuperado de <https://www.unicef.org/chile/historias/las-necesidades-de-las-familias-migrantes-en-el-norte-de-chile>

UNITED NATIONS OFFICE ON DRUGS AND CRIME/ UNODC, [s.a]. “Tráfico ilícito de migrantes: la dura búsqueda de una vida mejor”. Recuperado de <https://www.unodc.org/toc/es/crimes/migrant-smuggling.html>

VARGAS (2022). “En Fotos | Objetos dejados a su paso muestran el recorrido de migrantes por la frontera”. *Voz de América*. <https://www.vozdeamerica.com/a/objetos-dejados-a-su-paso-muestran-el-recorrido-de-migrantes-por-la-frontera/6889484.html>

VIVIR EN CHILE (2017) “5 puntos que explican el boom de Inmigración en Chile”. Recuperado de <https://www.vivirenchile.cl/es/5-razones-que-explican-la-inmigracion-en-chile/>